BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

RASTROS EN EL ESPACIO

a. thorkent

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

A. THORKENT

RASTROS EN EL ESPACIO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 95
Publicación semanal
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 16.838 – 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor
de ***EDITORIAL BRUGUERA*. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona *(España)*

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

88 – Los dioses . *Cliff Bradley*

89 – Golpe de estado en Astro-6 . *Keith Luger*

90 – Explorador del futuro . *Glenn Parrish*

91 – Agonía de un planeta . *Ralph Barby*

92 – Un planeta llamado Khisdal . *A. Thorkent*

93 – Orbita de locura . *Joe Mogar*

94 – La bomba total . *Glenn Parrish*

NO ES EL PRINCIPIO

Me alegro de estar vivo, sano. Merece la pena haber conservado intactas las facultades mentales. He visto mucho, pero todavía me queda más por ver.

Me gusta pasear por los verdes prados, los sembrados, las campiñas.

A lo lejos distingo las nuevas ciudades. Cuando me cruzo con la gente, observo que trabaja con ardor y me siento reconfortado. Pero existe algo que empaña mis pensamientos. Soy consciente de que todo tiene un fin. A nadie he hecho partícipe de mis temores porque todos parecen ser felices y sería cruel enturbiar su felicidad. Es mejor callar.

Tal vez yo no presencie la materialización de mis temores.

Todavía, espero, me quedan muchos años de vida; pero para que se vean cumplidos mis presagios han de pasar muchos años, siglos o milenios.

Esta mañana nos hemos reunido todos los amigos, los viejos camaradas, los que muchos nos llaman los tatarabuelos aunque seamos más jóvenes que ellos. Todavía sus genes no estaban en sus padres cuando nosotros ya viajábamos por las estrellas.

Pero no he querido decir esto.

He aprendido algo, no mucho. Y, aunque resulte un tópico, debo decir que el tiempo es relativo. Por fortuna nadie puede poner nada en duda porque tienen ante de sí la prueba que debe convencerlos. Está en cada plato de comida de todos los días, en el aire que respiran…, y en nosotros mismos.

En nuestra reunión de esta mañana estuvimos charlando largo y tendido sobre el pasado. Hablamos de él no lo más sencillo que podía habernos ocurrido. A veces tenemos la maravillosa adaptabilidad de los cretinos. No puedo culparlos porque yo también me he aclimatado y los recuerdos me parecen normales, creíbles.

Luego, cuando me quedo solo, comprendo que dejamos pasar los momentos más cruciales de nuestras vidas por delante de nuestras narices y no nos damos cuenta de la importancia que tienen. Mas tenemos que conformarnos recordándolos y entonces nos percatamos que perdimos el placer de poderlos saborear.

Un silencio, un mal gesto, una frase pronunciada a destiempo que llega a ofender a quien nos escucha, puede cambiar el curso de nuestra existencia. Eso, al menos, lo ha dicho alguien, no recuerdo quién.

Ahora no estoy conforme con tal afirmación, aunque sí lo estuve alguna vez.

Hoy me río.

Solemos navegar por un caudaloso río y tenemos que limitarnos a dejarnos llevar por la corriente. Sí, tal vez luchemos hasta el agotamiento por alcanzar la orilla, y con ese simple esfuerzo nos creemos dueños de nuestros destinos.

Pero lo cierto es que también estaban escritas en el Libro del Destino nuestras tentativas por vencer la arrolladora fuerza de la corriente.

De lo que estoy seguro es que de la situación más trivial puede surgir el desenlace más sorprendente.

¿Dudan de tal pensamiento?

Deben creerme, pues algo parecido me ocurrió a mí.

Y lo único que se me ocurrió pensar entonces fue que era un estúpido que sacrificaba unas bien merecidas vacaciones por ayudar a un viejo amigo al que no veía desde hacía muchos años.

CAPITULO PRIMERO

Me preguntaba si no iba a arrepentirme por haberme mostrado tan blando con Rusty Cooper.

—Es un gran favor el que te estoy pidiendo, Er —dijo Rusty—. Ya conoces mi situación. Piénsalo...

En realidad no lo debí pensar muy bien, pues le respondí que sí. Cuando me percaté de lo que había hecho, ya me encontraba a bordo del "Dante" y no podía volverme atrás.

Rusty me había mostrado el mensaje que recibió de su jefe y futuro suegro. Tal vez su contenido me había intrigado lo bastante como para decidirme, al menos entonces, a aceptar su propuesta. Luego, sentado cómodamente en un sillón del lujoso bar de la nave espacial "Dante", pude repasar la situación y llamarme estúpido sentimental.

Bebí un sorbo de coñac de la copa que sostenía en mi mano derecha y paseé la mirada por el bar, estudiando distraídamente a los personajes que allí trataban de llenar sus largos ratos de ocio.

La mayor parte del pasaje estaba compuesto por

mineros e Ingenieros de Titán, algunos comerciantes europeos y pocos turistas millonarios dispuestos a consumir parte de sus fortunas en los casinos de juego de Ceres. Pero en total no había en aquel viaje muchos pasajeros. Quizá en el de regreso a la Tierra la nave iría completa.

Arrugué el ceño al recordar que no hacía muchos días yo había hecho el viaje a la Tierra, desde Marte, dispuesto a disfrutar de seis meses de merecido descanso después de trabajar duramente como piloto-jefe en las líneas Marte-Júpiter, Durante los tres años que duró mi contrato me había dedicado a planear itinerarios y proyectos para pasar aquellos meses lo mejor posible, gastando el dinero que en abundancia había ganado. Terminé de beber el resto del coñac e indiqué a la hermosa camarera que me sirviese otro, al tiempo— que arrojaba sobre el mostrador una moneda de cinco estelares.

Llevaba una semana en la Tierra y a punto estaba de llamar a alguna de mis antiguas conocidas para proponerle que me acompañase a recorrer varias ciudades de Europa primero y más tarde de América y Asia, cuando Rusty se enteró de mi presencia en la ciudad y corrió a buscarme al hotel donde me alojaba.

Algunos periódicos habían dado amplias noticias de los trabajos que se estaban llevando a cabo en Marte y anunciaron mi llegada, y llegaron a entrevistarme. Rusty debió leer mis declaraciones, y luego consultar en el registro de entradas del puerto del espacio, donde le dijeron en que hotel estaba.

Me hallaba en el vestíbulo, dedicado a la grata

labor de observar a una bella muchacha nacida en Venus, de largas piernas, cuerpo escultural y ardiente mirada. Me preguntaba si aceptaría una invitación mía para cenar y bailar. Entonces escuché que me llamaban por mi nombre recortado de Ernesto.

Me volví y sonreí sinceramente al ver a Rusty. Nos estrechamos las manos con calor. Claro que entonces aún no sabía lo que iba a ocurrir.

Rusty Cooper era un antiguo compañero de la Academia del Espacio. Cuando ambos terminamos nuestro compromiso con las Fuerzas Armadas encontramos trabajo como capitanes de cargueros y nos separamos. Volvimos a encontrarnos en distintas ocasiones, y la gran amistad que siempre nos unió, nunca llegó a enfriarse. Pero últimamente hacía mucho tiempo que no le veía. Me alegré volver a encontrarle.

Luego, sentados frente a frente y con una botella de vino añejo en medio, vinieron las confidencias.

—Estoy en un aprieto, Er —me dijo Rusty, con semblante preocupado—. Por supuesto que hubiese venido a verte de todas formas, pero, sinceramente, mi intención es pedirte un gran favor.

Incluso me sentí satisfecho de oírle decir estas palabras. Mi aprecio por Rusty era muy grande y con gusto estaba dispuesto a ayudarle. Pensé que se encontraba en una situación económica apurada, y le daría lo que precisase, yo no iba a tener tiempo de gastarlo todo durante mis vacaciones. Le sonreí y dije tranquilizador:

—Cuenta conmigo para lo que sea. ¿Para qué están

si no los amigos?

Rusty pareció respirar aliviado.

—Estaba seguro que dirías eso. Gracias —dijo todavía nervioso.

—Bueno, dime de una vez lo que te ocurre.

Empecé a darme cuenta que difícilmente mi amigo podía tener problemas de dinero. El traje que vestía era caro. Lucía en su mano derecha una pulsera de identidad de oro y en la otra un reloj de platino, último modelo. Y al ir a pagar, sacó una buena cantidad de billetes. No. Rusty no pensaba pedirme dinero. ¿Qué quería de mí? Saqué un cigarrillo y lo encendí mecánicamente, observando a mi amigo, esperando sus palabras.

—Antes quiero explicarte unos detalles —dijo Rusty—. Hace dos años me ofrecieron un buen trabajo en la Compañía Forrest. Estaba bien pagado y veía buenas perspectivas de ascenso. El dueño, un viejo zorro de las rutas mineras, había comprado por cuatro cuartos unas concesiones de líneas de transportes que pronto se convirtieron en primerísima categoría, cuando se comenzaron a explotar los filones de Peñas Doradas y Lost Hills. El negocio prosperó y compró nuevos cargueros. Le ayudé desinteresadamente a reestructurar su organización y me nombró director de vuelos a los pocos meses, aunque yo seguía capitaneando personalmente un carguero.

—No es corriente que un director de vuelos siga en el espacio —apunté con ironía.

—Cierto. Pero tenía que ganarme las simpatías del viejo Forrest. Tiene una hija que es una preciosidad.

Se llama Miriam y me enamoré de ella desde el primer momento que la vi, allá en Oberon, que es donde tenemos la base. Nos gustamos y decidimos casarnos. Al viejo no le hizo mucha gracia, pero terminó cediendo y fijamos la fecha de la boda para dentro de cinco semanas. ¿Vas comprendiendo?

Yo dije que no con la cabeza y añadí:

—De ninguna manera. Y todavía no sé qué clase de favor necesitas de mí. Pero de todas formas me supongo que he de felicitarte, ¿no?

—No digas tonterías. Espera. Llegué hace dos días a la ciudad para encontrar unos hombres y alguien que ocupase provisionalmente mi puesto durante el tiempo que dure el viaje de bodas. Ese individuo tiene que ser alguien responsable, que conozca tan bien como yo el espacio. ¿Está claro ahora?

—No del todo. Continúa.

—Ya tengo contratados los hombres, pero es muy difícil hoy en día encontrar un buen piloto que pueda sustituirme con garantía plena de éxito.

Sentí un escalofrío. Me atreví a preguntarle:

—¿Y bien...?

—Cuando supe que tú estabas aquí pensé que estaba salvado.

Ahora estás con permiso y yo solamente necesito que me reemplaces durante un mes.

—Estás loco si crees que voy a salir de nuevo al espacio, Rusty. Debes buscar otro. Hay cientos de pilotos en los puertos del espacio de toda la Tierra. Sólo tienes que ofrecerles un buen incentivo económico. En unos días puedes solucionar tu

problema. ¿Por qué he de ser yo? No comprendes nada. Acabo de regresar del espacio y estoy ansioso por descansar y divertirme.

La mirada de Rusty se enturbió.

—Eso es precisamente lo difícil de mi caso. No dispongo de tiempo suficiente. Ni una hora siquiera. Buscar un buen sustituto, precisa días, y salgo para Oberon en el "Dante" esta misma noche. Los demás hombres contratados partirán la próxima semana. Ellos no son tan necesarios, pero es indispensable que el piloto venga conmigo.

Le miré de hito en hito, sin comprender.

—No lo entiendo. Llegaste hace dos días para arreglar asuntos de la compañía, después de un largo viaje, y ya quieres marcharte.

Rusty sacó un papel y lo desdobló.

—He recibido este espaciograma, que lleva un sello de urgencia que debe haber costado un buen pico. Dice: "Regresa a Oberon. Hoy mismo. Con sustituto o sin él. Allá tú. Asunto grave e importante." Lo firma mi estimado futuro suegro. ¿Comprendes ahora? Si vuelvo a la base sin la persona que sea capaz de sustituirme puedo despedirme de la boda durante un buen tiempo.

—¿No sabes lo que quiere decir Forrest en ese mensaje?

Rusty se encogió de hombros.

—Ni idea —respondió—. Alguna chifladura del viejo. Temo que empieza a chochear. Quizá se trata de alguna dificultad en el trabajo, no sé. Si regreso a Oberon y puedo solucionar lo que sea que esté pasando, en dos o tres días, tendré que regresar a la

Tierra de nuevo a buscar a mi suplente. Pero no podré hacerlo en seguida porque tardará más de dos meses en que una nave de línea pase por Oberon.

Cooper se me quedó mirando con ansiedad. Le respondí:

—Lo siento, amigo. Todavía puedes intentar buscar a alguien o dirigirte a una de las muchas agencias de colocación que existen. Yo no pienso moverme de la Tierra hasta que llegue la hora de reincorporarme a mi trabajo.

Mis palabras hundieron a Rusty, y yo, pese a todo, me sentí sucio. Intenté desesperadamente hacerle comprender mis poderosas razones.

—Tengo derecho a disfrutar de un merecido descanso. No es humano que vuelva al espacio tan pronto, a encerrarme entre aceros otra vez.

—En realidad sólo estarías en la Compañía Forrest un mes. Te quedaría aún mucho tiempo para divertirte... —Su voz no podía sonar más triste—. Está bien, Ernesto Star. No te culpo. Yo tal vez en tu lugar haría lo mismo. De todas formas, ha sido un placer volverte a ver.

Baje la mirada y vi la diestra de Rusty tendida hacia mí. Dije un poco avergonzado:

—Es que... A veces esos transportes van completos y puede ser que no queden pasajes...

Rusty sacó de su cartera dos papeles rojos.

—Antes de venir a verte ya adquirí dos —dijo secamente.

—¿Tan seguro estabas que aceptaría?

El asintió con la cabeza.

Estaba dando media vuelta para marcharse, cuando movido por un impulso incontrolable, me encontré diciéndole:

—Creo que apenas tardaré unos minutos en preparar mis cosas. No llegué a deshacer mis maletas del todo.

Le di la espalda para dirigirme a los ascensores sin esperar su respuesta. El suspiro de alivio que escuché me pareció entonces suficiente pago a mi sacrificio.

Pero dos horas más tarde, encontrándome en el espacio, renegaba de mi escaso sentido práctico. Fui al bar para buscar consuelo en la bebida y olvidar a mis amigas. Dejé a Rusty en el camarote, descansando en su litera. Prefería no verle.

Sobre la barra del bar, un enorme aparato de televisión se encendió. El "Dante" todavía no había cruzado la órbita lunar y las emisiones de la Tierra aún podían captarse.

En la pantalla terminaron de sucederse los anuncios comerciales y apareció un decorado que representaba con fidelidad el negro espacio sideral. Sobre él se formaron unas letras al tiempo que sonaban músicas estridentes. Noticias de los Nuevos Planetas, leí.

La cámara se deslizó hacia la derecha, centrando la figura de un locutor, que sonrió de forma empalagosa e hizo tres inclinaciones de cabeza.

—Mis mejores saludos al gran público del Sistema Sol —dijo el locutor—. Con ustedes Andrew Thomas para informarles de los últimos acontecimientos. Hoy tenemos importantes nuevas que comunicarles.

"Recordarán que hace dos semanas discutimos en esta misma emisión con el Muy Honorable Ministro de Guerra acerca del nuevo presupuesto de las Fuerzas Armadas para el presente año, el cual nosotros consideramos bastante elevado —sonrió—. Como resultó lógico, nuestro entrevistado no lo creyó así y el amistoso coloquio quedó en tablas. Mis argumentos de entonces se basaban en que desde que finalizaron las Guerras Asiáticas, no ha existido la necesidad de repeler ninguna agresión interna..., o externa. Las Fuerzas Armadas permanecen en su soporífera inactividad desde hace ciento veintiocho años, afortunadamente.

"Desde luego, siempre se creyó que algún día tendríamos que enfrentarnos con una amenaza procedente de más allá del Sistema Sol; pero los lustros transcurrieron y ya es hora que estemos convencidos que nuestros temores eran infundados, quiméricos.

"Todos conocemos la existencia de un movimiento político mundial que intentan por todos los medios legales y pacíficos que las Fuerzas Armadas sean licenciadas, quedando únicamente una entidad policial reducida, pero eficaz que sea suficiente para mantener el orden necesario.

"Las Fuerzas Armadas y sobre todo los Cuerpos Espaciales cuestan mucho dinero al contribuyente. Constantemente es preciso renovar sus navíos de guerra, equipos, instalaciones, etc. Se piensa, acertadamente, que el presupuesto destinado para tal menester estaría mejor empleado en terminar de

descontaminar lo que antiguamente fue China, acabar con los restos de radiación que allí existen desde las últimas Guerras Asiáticas y fertilizar sus campos.

"Los militares están encontrando cada vez más oposición en todas las esferas sociales del Sistema Sol. Ellos luchan también pacíficamente para mantener siempre a punto sus ejércitos. Se ufanan de que sus pilotos son mejores que los civiles y que todavía no han perdido en accidente alguno una sola nave de guerra en el espacio desde hace un siglo."

«La imagen del locutor desapareció y surgió la panorámica de un espaciopuerto militar. Luego, las cámaras parecieron volar hacia un grupo de personas, casi todas ellas uniformadas, que se dirigían hacia un esbelto crucero de guerra que llevaba grabados en su fuselaje los distintivos de unidad insignia de la flota.

Uno de los hombres de uniforme llamó mi atención. Lucía en sus hombros los entorchados de almirante. Era Sandor Suekke, uno de los veteranos más prestigiosos del espacio. Tenía alrededor de cincuenta años, delgado, de largo rostro y mirada profunda. Su gesto aparecía en la pantalla serio y pensativo. Llevaba con él, ceñido a la cintura, su inseparable revólver de oro, un costoso y caprichoso anacronismo. Nadie le había visto nunca sin él. A su lado caminaba el comandante Iflaw, su ayudante.

La voz en "off" del locutor, explicó:

—Estas escenas fueron registradas esta mañana. A nuestros informadores les fue terminantemente prohibido acercarse al almirante Suekke, por lo que resultó imposible entrevistarle como era nuestro

deseo. Pero los medios de divulgación de las Fuerzas Armadas han admitido que se puede dar por perdido el crucero "Si- racusa". Se carecen en absoluto noticias de él. Hace unos días dijimos que esos eran nuestros temores. Tales presentimientos quedan confirmados.

El grupo de personalidades había llegado hasta el navío del almirante, el "Europa". Suekke estrechó las manos de los que habían acudido a despedirle y entró en el ascensor de la nave, seguido del comandante Iflaw.

—La desaparición del "Siracusa" —siguió explicando el locutor—. Ha asestado un duro golpe al Ministerio de Guerra. La última sesión de la Asamblea Mundial resultó muy agitada. En ella se pidió firmemente al ministro que explicase lo sucedido. Algunos diputados se pronunciaron por una congelación del presupuesto militar hasta que el Ministerio de Guerra pudiera dar detalles de lo sucedido al "Siracusa", que como todos ustedes saben se trata de un crucero pesado construido hace apenas un año. Su coste se elevó a varios millones más que el presupuesto primitivo.

"El Muy Honorable Ministro de Guerra solicitó unas semanas de plazo para poder informar a la Asamblea, que accedió a regañadientes. La verdad es que nadie sabe con certeza lo ocurrido. El contacto con el "Siracusa", se perdió hace dos semanas. Se ignora lo que puede haberle sucedido, aunque se señala el sector de Neptuno como el último lugar desde donde transmitió su posición."

Mientras tanto, la gente se estaba alejando de la

rampa de lanzamiento del "Europa". Agregó el locutor:

—Ciertamente, la situación de las Fuerzas Armadas es muy delicada. La desaparición del "Siracusa" se ha producido en un crítico momento. Ignoramos cuál es el motivo del precipitado viaje del almirante Suekke, pero sí hemos podido averiguar su punto de destino. Sabemos que el "Europa", se dirigirá a Oberón, lo cual hace más misterioso el viaje, ya que en el satélite de Urano no existe fortaleza o base militar. Sólo minas importantes y enclaves de compañías de transporte. Y todo ello de carácter civil.

El "Europa" se elevó en medio de un torrente de fuego, perdiéndose de vista a los pocos segundos. El locutor terminó, diciendo:

—Pese a las dificultades que encontramos para poder tenerles al corriente de este asunto, tan pronto como tengamos noticias al respecto, las daremos en emisiones especiales que dedicaremos a...

Terminé de beber el coñac y salí del bar. Observé que nadie había prestado atención al televisor. Todos seguían charlando y bebiendo. Tal vez ninguno de los que allí estaban presentes, tenía relación con Oberón y les traía sin cuidado aquel asunto. Tampoco ninguno debía pertenecer a los grupos antimilitaristas de la Tierra.

Pero todo aquello me había preocupado. Mientras caminaba hacia mi camarote, dispuesto a contar a Rusty lo que había escuchado, pensaba si la urgente llamada de Forrest tenía alguna relación con el viaje de Sandor Suekke a Oberon.

CAPITULO II

Catorce días más tarde llegamos a Oberon en un carguero procedente de Titania en el cual fuimos admitidos como pasajeros. Resultó que el "Dante" no pudo aterrizar en Oberon a causa de una variación en su trayectoria, debido a una grave avería, y lo tuvo que hacer en el mayor de los satélites de Urano. Así que perdimos cerca de cuarenta y ocho horas en llegar a nuestro destino.

Rusty confiaba en que aquella demora no pudiera significar demasiado trastorno para los planes de Jack Forrest.

Oberon, junto con Titania, Umbriel, Miranda y Ariel, forman el cortejo lunar de Urano, todos con movimiento retrógrado. Sólo Titania es mayor que Oberon, aunque no tan rico en minerales. Desde que descubrieron en éste los importantes yacimientos, se trabajó activamente para dotarlo de una atmósfera artificial y hacer más fácil el trabajo en las minas.

Cerca del pequeño campo de aterrizaje, donde vi varias naves de la Compañía Forrest dedicadas al transporte de minerales, ya empezaba a cubrirse el terreno con un incipiente verdor. En algún sitio leí que pronto la planta transformadora de aire dejaría de funcionar. Oberon gozaría de una atmósfera propia cuando las "clorellas pyrenoidosas" existiesen en suficiente cantidad para producir el suficiente oxígeno.

Los costosos envíos desde la Tierra de LOX, pronto se harían innecesarios.

Un vehículo todo terreno se acercaba a nosotros.

Rusty pareció reconocer al hombre que lo conducía, pues masculló:

—¡Qué recibimiento! Ni mi prometida se ha dignado a venir.

No respondí. Rusty había puesto desde Titania un espaciograma comunicando nuestro retraso y anunciando al mismo tiempo la hora de nuestra llegada en el carguero. Sonreí. Comprendí su mal humor.

El coche se detuvo a nuestro lado.

—Hola, Rusty. Me alegro volver a verte por aquí —dijo el conductor, mientras saltaba sonriente del vehículo.

—Lamento no decir lo mismo —gruñó Rusty—. Francis, te presento a mi sustituto, Ernesto Star. Er, éste es Francisco Ríos, mi copiloto.

Ríos me saludó simplemente con un movimiento de cabeza, y dijo a Rusty:

—Todos suponíamos que no vendrías con tu suplente.

—Pues ya ves que he venido con él. Tengo ganas de saber qué va a decirme el viejo al respecto.

Subimos al vehículo después de echar en la caja nuestro reducidos equipajes. Ríos lo puso en marcha y nos dirigimos hada la salida del puerto del espacio.

—¿Qué está pasando aquí, Francisco? —preguntó Rusty—. ¿Por qué esa llamada tan urgente? ¿Y Miriam?

Ríos soltó una carcajada y respondió:

—Me esperaba esta lluvia de preguntas. Miriam está bien. Nada de lo que ocurre está relacionado con

ella. ¿Contento?

—Todavía no. Dime qué sucede.

—Lo siento. El viejo me advirtió que no te anticipase nada. Quiere ser él quien te ponga al corriente.

Entonces observé una nave diferente a las demás que ocupaban las zonas de anclaje. Alrededor de ella había una guardia de soldados del espacio. Llamé la atención de Rusty y él volvió la mirada hacia la dirección que le indiqué.

—Es el "Europa" —dije.

Pero Ríos me había escuchado pese al ruido del motor y asintió.

—Eso es. Es el crucero insignia del Almirante Suekke. ¿Sabías que estaba aquí?

—Escuché la noticia en el televisor de la nave —respondí.

—Entonces ya podéis comprender que la llamada del viejo no es por cualquier tontería.

Y no dijo nada más. Rusty no insistió. Al cabo de unos minutos llegamos a las instalaciones de la Compañía Forrest. Allí estaba el gran edificio en forma de media esfera. Databa de los tiempos en que en el exterior del satélite era imposible permanecer sin trajes de presión. Al lado estaban los talleres de reparación.

Ríos dijo:

—El viejo y Miriam te esperan arriba, Rusty. Allí encontrarás también al almirante. Ha llegado hace pocas horas. Por eso no pudieron ir a recibirte. Creo que si te das prisa verás en seguida al bicho.

Ya habíamos bajado y no tuvimos tiempo de preguntar a Rusty qué era eso del bicho, pues arrancó bruscamente para ir a encerrar el vehículo en el garaje. Así que entramos en el edificio y ya no nos sorprendimos lo más mínimo cuando un soldado del espacio nos detuvo en el vestíbulo. Nos dimos a conocer y nos permitió seguir nuestro camino.

Rusty saludó a varios empleados de Jack Forrest cuando nos cruzamos con ellos por las escaleras. En el primer piso recorrimos un estrecho pasillo hasta detenernos delante de una puerta. Rusty pulsó el llamador y alguien nos abrió desde dentro.

Un precioso rostro de muchacha apareció ante nosotros. Sonrió al ver a Rusty y le echó los brazos alrededor del cuello, besándole.

—Vamos, dejad las caricias para más tarde —tronó una voz desde el interior.

Quien habló era Jack Forrest, un hombre corpulento y de curtido rostro, que se dirigió hacia nosotros saliendo de detrás de una mesa. Junto a ésta estaba sentado el almirante Sandor Suekke.

Rusty dejó a su prometida e hizo las presentaciones. Aguanté la mirada escrutadora del viejo. Parecía que mi presencia no le había causado un buen efecto, pues se limitó a decir:

—Bueno, señor Star, ya nos ocuparemos de usted. Pese a todo, no tendrá la menor queja de mí. No habrá perdido su tiempo, se lo aseguro.

No supe qué contestar. Cambié una mirada con Rusty y éste me respondió encogiéndose de hombros. Tampoco él comprendía nada. Dediqué entonces mi

atención al almirante Suekke. Su aspecto imponía más respeto que a través de la pantalla de televisión. Al fondo del despacho estaba el comandante Iflaw, tan quieto y silencioso que parecía estar formando parte del mobiliario.

Suekke apenas si nos había prestado atención. Seguía enfrascado en la lectura de unos papeles, no levantando la mirada de ellos ni cuando Forrest le dijo quiénes éramos nosotros. Respondió con un corto saludo apenas audible.

Rusty se dirigió a Miriam:

—Muy bien, cariño. Estoy muerto de curiosidad por saber qué pasa aquí.

Ella le sonrió melosamente, le acarició la barbilla, y dijo:

—Ya te enterarás. Precisamente estábamos a punto de marchar a ver al bicho.

—Es la segunda vez que oigo hablar de un bicho desde que llegamos. ¿Qué es eso?

—Algo que capturamos.

Pero la verdad era que Rusty, una vez al lado de su prometida, no parecía tener muchos deseos de satisfacer su curiosidad. La conversación de los novios tomó otros derroteros que a mí no me importaban. Me acerqué a la mesa, dispuesto a enterarme de una vez por todas de lo que allí estaba pasando, aunque pecase de indiscreto.

—A mi parecer, señor Forrest, el informe carece de varios detalles importantes —dijo en aquel momento el almirante Suekke, levantando la mirada de los papeles.

—Todo lo concerniente a la criatura he preferido omitirlo porque considero preferible que la vea usted antes —explicó Forrest—, Las explicaciones escritas hubieran podido crear lamentables confusiones.

—Comprendo. ¿Puedo examinarla ya?

—Desde luego. Vengan, por favor.

Comprendí que al fin iba a ver lo que antes había llamado bicho y ahora Jack Forrest calificaba como "criatura". Deseé que nadie me impidiera que yo fuese también.

Salimos del despacho y cruzamos otra vez el pasillo. Subimos por una empinada escalera y comprendí, por la curva que mostraba el techo, que estábamos en el último piso del edificio. Al llegar ante una puerta de acero, Forrest sacó una llave magnética y abrió. Entramos en una habitación iluminada por una tenue luz rosada.

—Esta es la criatura, almirante —dijo Forrest.

En el centro de la habitación había una jaula de cristal que formaba un cubo de cuatro metros de lado por dos de alto. Apenas si quedaba sitio para nosotros y tuvimos que pegarnos al cristal cuando Forrest cerró la puerta. En el interior de la jaula se movía algo que yo estaba viendo por primera vez en mi vida.

Todos permanecimos en absoluto silencio mientras observábamos.

La criatura, de un metro y veinte centímetros aproximadamente de alta, era de tronco delgado, muy estilizado. Tenía unos miembros que recordaban los brazos humanos, aunque no parecían doblarse por el codo, sino por varios sitios y terminaban en una mano

de seis delgadísimos dedos. Lo que podía considerarse en aquel ser como piernas eran cuatro cilindros cortos, oscilantes y de color gris brillante. Su cabeza, casi esférica, estaba cubierta por una piel negruzca y aparecía muy arrugada alrededor de sus dos ojos rojos. El conjunto podía parecer repugnante a primera vista, pero llegué en seguida a acostumbrarme a observadlo, e incluso empecé a sentir cierta simpatía por la extraña criatura.

Lo que más me llamó la atención fue la especie de taparrabos que lucía. Aquello me intrigó, pero no quise pensar en serio la posibilidad de que Forrest hubiera ordenado a sus hombres que se lo pusieran.

—No puede pertenecer al Sistema Sol —escuché murmurar al almirante.

—Por supuesto que no —corroboró Forrest—, Esta criatura debe proceder de más allá de Plutón, de otra estrella. De algún lugar de la Metagalaxia.

—Pero, ¿es que no voy a enterarme cómo llegó esto aquí? —preguntó Rusty, dolorido, mientras señalaba aquel ser.

Forrest carraspeó y dijo:

—Tienes razón, hijo. Te explicaré —entonces el viejo se fijó en mí, carraspeó y creí que iba a decirme que me marchara. Al parecer cambió de opinión y siguió hablando—: Hace siete días el carguero de Chuck Stone tuvo que aterrizar en Nereo para hacer unas reparaciones de urgencia, aunque no importantes. En esa roca fría y árida encontraron un bote salvavidas perteneciente al crucero Siracusa. Tenía muestras de haber llegado a aquel satélite

violentamente y tenía la cabina de vitroglás rota. Los cuatro tripulantes que hallaron estaban muertos.

"Pero en una pequeña cámara estanca encontraron a esta criatura. Estaba viva, por supuesto, gracias a que el aire encerrado aún no se había acabado. Les costó mucho llevarla hasta el carguero. Tuvieron que improvisar con sacos de plástico una burbuja de aire para ello. Por suerte este ser no les ofreció resistencia. Entonces regresaron a la base.

"Al día siguiente, decidí comunicar lo sucedido a las autoridades militares quienes me rogaron que mantuviese lo ocurrido en secreto. Posteriormente me enteré que el mismo almirante Suekke se trasladaría a Oberón para investigar personalmente lo ocurrido. Por todo esto, no sabiendo las consecuencias que todavía pueden presentarse, consideré oportuno hacerte regresar urgentemente, muchacho.

—¿Para qué? —inquirió el piloto—. No sé qué utilidad puedo tener yo aquí. Todo este asunto concierne a las autoridades militares.

—Eres mi mejor navegador y conoces como nadie las rutas cercanas. Necesitamos de tu experiencia para localizar los restos del Siracusa. El almirante pidió por espaciograma desde la Tierra, cuando venía para aquí, que yo reuniese a todos los pilotos porque el Ministerio de Guerra estaba dispuesto a contratar mis aparatos. ¡Y a buen precio!

—Por el consumo de combustible del bote salvavidas hemos llegado a la conclusión de que el Siracusa debe estar alrededor de Neptuno —dijo el almirante.

—Todo indica que no hay más supervivientes. ¿Qué espera encontrar en el Siracusa? —intervine como si aquel asunto me concerniese grandemente.

—Este ser es extrasolar y vale mucho para mí —replicó el almirante—. Ahora necesitamos pruebas para demostrar que el Siracusa fue objeto de una agresión.

—¿Una agresión? —repitió Rusty arrugando el ceño—. ¿Supone que esa criatura es un agresor?

Yo sonreí y dije:

—La pérdida del Siracusa estaba a punto de producir un serio disgusto al Ministerio de Guerra, pero parece que ahora este hecho va a ser su salvación política. Sólo necesitan hacer creer a todo el mundo que nuestro Sistema Sol está siendo amenazado por seres procedentes de las estrellas. ¿No es así, almirante?

Suekke me fulminó con la mirada. Yo la sostuve y e1 almirante terminó dibujando una irónica sonrisa cn sus delgados labios. Suavemente, dijo:

—Exacto, joven. Es usted listo. Si resulta tan buen piloto como inteligente parece que es, creo que su colaboración nos será valiosa —volvió su atención a la criatura extraña y preguntó a Forrest—: ¿Han intentado comunicarse con este bicho?

Forrest se alzó de hombros.

—Lo intentamos, pero sin resultados positivos. ¿Cómo saber si se expresa por medio de sonidos, gestos, vibraciones o algo parecido? En dos ocasiones me lo llevé a mi despacho y le mostré mapas estelares. Le señalé dónde está Oberon, la Tierra y demás datos.

No supo o no quiso indicar de dónde procedía. Incluso le enseñé el mapa tridimensional de la Galaxia. Todo sin resultado alguno. No parece serle familiar la Vía Láctea. Chuck, que parece hacer buena amistad con él quizá jorque le salvó la vida en Nereo, estuvo un día entero unto a la jaula. Quiso enseñarle algunas palabras. Chuck es paciente, pero terminó con los nervios destrozados y un fuerte dolor de cabeza.

—Este bicho sabe dónde están los restos del Siracusa —murmuró el almirante—. No cabe la menor duda que es inteligente, aunque sus conceptos pueden ser diferentes a los nuestros. Es curioso que su organismo acepte nuestra atmósfera de forma tan sencilla. ¿Se resiente de la baja gravedad de Oberon, señor Forrest?

—Nos figuramos que no, almirante —respondió Forrest—. Al principio sí lo notamos nervioso y algunas veces parecía impacientarse. Entonces lo encerramos en la jaula y se calmó.

—¿Se tranquilizó porque le gusta estar encerrado o es que comprendió que por mostrarse algo agresivo podía perder toda clase de posible buen trato? —preguntó Suekke rascándose la barbilla—. Tenemos un aceptable margen de tiempo para investigar el asunto a fondo. Pediré que venga de la Tierra un equipo de científicos. Tenemos que establecer contacto con la criatura.

Yo notaba a cada momento más nervioso al almirante. Comprendí que veía en la criatura, agresora o no, un medio para conseguir mayores poderes y privilegios para las Fuerzas Armadas. Con una eficaz

propaganda levantaría en las masas un sentido de responsabilidad y patriotismo, un gran temor a una invasión extrasolar. Durante mucho tiempo nadie pensaría que era un despilfarro seguir manteniendo en pie de guerra un fabuloso contingente armado.

Volví mi atención al extraño ser, que se había detenido cerca de mí y pegaba su oscuro rostro en el cristal. Yo le sonreí y observé un gesto en él, que ignoro por qué, le consideré como una silenciosa respuesta llena de amistad.

Desde luego, la criatura tenía que proceder de más allá del gélido Plutón. Forrest dijo que no había hecho el menor caso al mapa de la Vía Láctea. ¿Pertenecía a otra Galaxia? En todo caso, era el primer representante de una raza inteligente distinta por completo a la nuestra que el hombre veía desde que salió por primera vez de su confinamiento en la Tierra para conquistar el sistema planetario a que pertenece, y en donde no existen otros seres con suficiente intelecto como para desarrollar una civilización tecnológica.

Me imaginaba aquella criatura cruzando los abismos intergalácticos a bordo de una fantástica nave. ¿Cómo llegó al interior del bote salvavidas del Siracusa? ¿Qué ocurrió para que esto sucediera? Inexplicablemente, sentí una gran piedad por aquel ser. Si era inteligente, como todos los indicios parecían indicar, su situación debía ser desesperante. Se hallaba en cautiverio como cualquier bicho irracional, expuesto a la curiosidad de seres —nosotros—, que debían resultarle repugnantes. Carecer de medios para

comunicarse debía trastornar grandemente su sistema nervioso. Quizá sus períodos de intranquilidad se debían a que su equilibrio emocional alcanzaba un punto crítico.

Los demás seguían discutiendo junto a mí y yo no les prestaba atención. Dedicaba todos mis sentidos a la criatura.

Me distraje haciendo conjeturas sobre la forma en que pudo haber llegado a nosotros. Entonces noté mi mente clara y serena. La roja mirada de la criatura estaba fija en mí. Sosteníamos aquel amistoso duelo visual sin sentirnos molestos. Incluso significaba para mí un gran desahogo. Entorné los párpados y dejé transcurrir mi imaginación por extraños y desconocidos senderos.

Un estallido de luces se produjo dentro de mi cerebro y me encontré cabalgando sobre un estilizado; proyectil reluciente y dorado. Cruzaba raudo la Metagalaxia. Mi vertiginoso recorrido me hizo pasar por entre soles y planetas. Estrellas gigantes, enanas, rojas, blancas, azules, de todas las magnitudes, todas quedaban atrás.

Yo gozaba del maravilloso espectáculo, cuando súbitamente me detuve en los bordes de una Galaxia. Su configuración me resultaba familiar, aunque dentro de mi me hacía sentir cierto temor Estaba extasiado en su contemplación y de repente mi proyectil recobró su superlumínica velocidad, dirigiéndose hacia una estrella amarilla situada a pocos miles de años luz de su centro, cerca de su plano simétrico.

Estaba internándome en aquel sistema planetario,

cuando un dragón alado y escupiendo fuego se precipitó sobre mí y mi cohete dorado.

Toda mi tranquilidad se esfumó y un pánico terrible se apoderó de todo mi ser. Pensé que estaba loco o que perdería mi cordura si no lograba sustraerme de aquella pesadilla que al principio me pareció un juego y ahora se convertía en algo palpable y misterioso que me asustaba. Lo que yo estaba imaginando no era producto de mi desenfrenada fantasía, al parecer hasta entonces dormida, sino que se trataba de poderosos impulsos emitidos por alguna fuerza mental extraña.

Salí del trance y miré a la criatura. En sus ojos vi la respuesta. Sentí frío. Una ráfaga de amor me rodeó al mismo tiempo que una súplica desesperante llamaba a mis instintos piadosos. Se me pedía ayuda de una forma tan imperiosa, acuciante, que no dudé en poner toda mi sinceridad en una esperanzadora respuesta. Una oleada de agradecimiento fue la despedida a aquel diálogo extraordinario entre la criatura y yo.

De regreso a la realidad, escuché al almirante decir:

—Enviaré desde mi nave varios mensajes a la Tierra. La criatura continuará de momento aquí, señor Forrest. Yo regresaré dentro de unas horas. Tengo a bordo un equipo capaz de escrutar el cerebro de cualquier ser viviente y transformar sus impulsos memorísticos en símbolos que es posibles podamos descifrar.

—Conozco ese aparato y le aseguro que no me gustaría lo usaran conmigo —protestó Forrest—. El

paciente generalmente suele quedar mermado de facultades mentales.

—Correremos ese riesgo. Si la criatura es inteligente podemos dañar su cerebro, es cierto; pero conoceremos sabrosas respuestas que nos interesan —dijo, con firmeza, Suekke—. En caso contrario, si es irracional, poco se perderá.

Empezaron a salir de la habitación y yo lo hice el último. Alcancé al almirante y lo detuve agarrándole por un brazo. Todos me miraron sorprendidos.

Almirante —dije-, no será necesario emplear medios drásticos para averiguar lo que usted desea.

Suekke me miró enfurecido y sorprendido a la vez.

—¿Qué quiere decir? —preguntó irritado.

—Sé de dónde viene ese ser, lo que le ocurrió al "Siracusa" y que él es tan culpable de su destrucción como lo es usted de haber nacido —repuse.

CAPITULO III

Me costó menos esfuerzo establecer una comunicación telepática eficaz con la criatura que convencer al almirante de que yo era capaz de hacer tal cosa.

Más tarde, Suekke empezó a darme prisa para que le contase lo sucedido al "Siracusa", pero preferí aplazar mi relato hasta después de celebrar varias sesiones con la criatura, a quien había decidido bautizar con el nombre de Ag, pues ésta era la onomatopeya que a veces, como único sonido, salía de su pequeña boca.

Comprendo que todos dudaran de mis afirmaciones al principio, incluso Rusty. Yo nunca había mostrado tener poderes telepáticos ni siquiera de forma rudimentaria.

En realidad no era gracias a mis condiciones paranormales el que pudiera conversar mentalmente con Ag, sino que me había limitado a ofrecer óptimas condiciones al ser para que se introdujese en mi cerebro, colocando en él sus manifestaciones mensajeras trasformadas en símbolos.

Como luego supe más tarde, todo se debió a la singular simpatía que desde el primer momento sentí por la criatura, liberando mi mente de prejuicios y facilitando la penetración de sus ondas mentales.

Aprendí mucho de Ag. En poco tiempo supe interpretar adecuadamente los símbolos y pronto estuve seguro de que la versión que podía dar de los hechos al impaciente almirante no era producto de una interpretación errónea de lo que Ag me había transmitido.

Cité a los interesados para el día siguiente y el resto lo pasé durmiendo. Estaba terriblemente cansado.

Nadie se extrañó cuando al otro día entré en el despacho de Forrest acompañado de Ag. Previamente había tranquilizado a la criatura y asegurado que haríamos todo lo que estuviera a nuestro alcance para ayudarle. Me esperaban sentados alrededor de la mesa de trabajo del viejo. Estaban, además de éste, el almirante, su ayudante, el comandante Iflaw, Francisco Ríos, Chuck Stone, Rusty Cooper y Miriam

Forrest.

Ag se acomodó en un taburete donde pudo colocar sus cuatro piernas con cierta comodidad. Yo me senté a su lado, sintiendo sobre mi persona las inquisidoras miradas de todos.

No me anduve con preámbulos para comenzar mi relato.

—La criatura a quien llamó Ag procede de la Galaxia Messier-31, más conocida por Andrómeda, y que pese a encontrarse a 1.750.000 años luz de nosotros es nuestra vecina más próxima. En realidad debo aclarar que su raza no es nativa de allí, sino de una de las dos nebulosas-satélites que posee: la NGC-205. Son los únicos seres inteligentes de toda esa galaxia y sus dos satélites-nebulosas. Su existencia se remonta a muchos milenios de antigüedad.

"Desconocen la guerra, aunque sus antepasados sostuvieron muchísimas. Los últimos guerreros de su patria emigraron hace siglos al espacio en busca de razas contra las que guerrear, pues parece ser que éstos no concebían la vida sin lucha, sólo por el placer de combatir y matar.

—Creí que iba a contarnos lo que le ocurrió al "Siracusa" —comentó con sarcasmo el almirante—, y no un relato de fantasía.

Le miré sin mostrar enfado por el tono que había empleado.

—Prefiero empezar desde un punto adecuado para que la historia tenga sentido —dije—. He tenido que atar muchos cabos hasta llegar a una aceptable conclusión. La raza a que pertenece Ag se denomina

algo así como Lhien, que es el sonido más aproximado que podemos articular con nuestra lengua al que Ag pronuncia.

—¿Pero ese bicho habla? —inquirió Suekke señalando a Ag—. Creí que ellos, al ser telépatas, prescindían del lenguaje para comunicarse entre sí.

—La estructura de su sociedad es demasiado complicada para nosotros. Entre ellos utilizan los sonidos a manera de fórmula protocolaria y sólo en determinadas ocasiones. Generalmente, se bastan con la telepatía. Con este medio llegan a sostener contacto a más de cien años luz. Así logran establecer comunicación instantánea entre los planetas que han colonizado en la NGC-205.

"Son pacíficos por antonomasia. Se rigen por unos representantes elegidos por análisis matemáticos entre los de mayor coeficiente de inteligencia. Así forman una especie de Consejo o Senado. Cultivan muchas formas de arte que no comprenderíamos nunca y se procrean artificialmente. Hembras y varones proporcionan, según las necesidades de población del momento, óvulos y espermatozoides que son fecundados en tubos de ensayo, y desarrollados los fetos químicamente. Quizá porque carecen de apetitos sexuales se hallan liberados de muchas trabas síquicas, pudiendo así planificar una civilización puramente tecnológica.

"Conocen el viaje a través de las estrellas desde muy antiguo porque descubrieron el paso por los espacios curvos y anulan los efectos de la relatividad gracias a que sus navíos, al viajar a miles de veces la

velocidad de la luz, van retrocediendo, de forma perfectamente sincronizada, en el tiempo. Así, los planos temporales van siempre paralelos con el punto de partida, la duración teórica del viaje y el lugar de destino. Pueden recorrer miles de megaparsecs en segundos y nunca se ven desplazados de su tiempo."Ag me confesó con pesar que desde que obligaron a los últimos restos de guerreros a marcharse de sus planetas, no han vuelto a conocer la guerra, pero que ahora están obligados a ir a ella porque se ven en la necesidad de desalojar a los invasores que han arribado en varios de los planetas que ellos estaban preparando para futuras colonizaciones.

"Ignoran quiénes pueden ser estos invasores, a quienes han bautizado con el nombre de uconitas. Nunca los han visto, pues siempre están encerrados en sus extrañas máquinas y gigantescos navíos. Además, cuantos intentos han hecho para aproximarse a ellos amistosamente, fueron rechazados violentamente. Y han decidido crear de nuevo máquinas de guerra y expulsarlos de los planetas que han tomado posesión.

—¿Cómo llegó Ag hasta aquí, tan lejos de su patria? —preguntó el almirante mirando a Ag con mayor recelo cada vez.

—Su llegada aquí se ha debido a un accidente. Ag tenía la misión de inspeccionar los planetas donde se encuentran establecidos los uconitas para recoger registros de sus impulsos cerebrales. Ag no me explicó para qué necesitan tal cosa. Cuando terminó su cometido y a punto estaba de marcharse, fue descubierto. Los uconitas dispararon proyectiles contra

su nave y apenas si tuvo tiempo de sumergirse en la extraña dimensión espacio-temporal. Lo hizo tan precipitadamente que sufrió una ligera equivocación en los mandos, pero suficiente para hacerle profundizar más de lo necesario en el tiempo y la distancia. Existió un desenlace entre ambos factores y se encontró colisionando con una nave extraña para él, el "Siracusa", y en un espacio que le era totalmente desconocido.

"A causa del golpe perdió el conocimiento. Luego, medio inconsciente, se dio cuenta que era sacado de su nave y trasladado a otra más pequeña que estaba en el Interior de los restos de aquélla con la que chocó. Se habían estrellado, después de la colisión, sobre Tritón, según he podido deducir. Partieron en el bote salvavidas del satélite, para tener que tomar tierra poco después violentamente, en otro. Los humanos que le habían rescatado estaban todos malheridos y no pudieren evitar el brusco contacto con Nereo.

"Luego, cuando empezaba a sentir la falta de aire su compartimiento estancia, lo encontraron los hombres de Jack Forrest. Es todo.

Cayó un grave silencio sobre mis oyentes. Observé que Suekke se restregaba las manos y miraba las puntas de sus botas. Alzó la cabeza y dijo:

—Pienso que sus conversaciones mentales con Ag no se han limitado a un interrogatorio por su parte, Star ¿Qué es lo que él le ha pedido?

El almirante no era tonto, pensé. No dudé en responder:

—Ag lamenta lo ocurrido. Está consternado. Los de

su raza sienten repugnancia por la violencia. Pero él considera todo esto como un lastimoso accidente, y, a su manera, me rogó que le transmitiera su pesar por lo ocurrido —sonreí y añadí—: Sí, es cierto. Ag me solicitó un favor. Pueden imaginarse de qué se trata. Desea que se le permita regresar a su nave, volver a su patria. Es poseedor de importantes informes sobre los uconitas que sus superiores están esperando con impaciencia.

—¿Cómo piensa volver? Su nave sufrió un accidente. No sabemos si nuestra técnica está capacitada para poderla reparar —comentó Iflaw en una de sus escasas intervenciones.

—La nave de Ag está en perfectas condiciones para emprender el viaje. Según él, está construida de forma que puede soportar peores pruebas que una colisión como la que sufrió primero con el "Siracusa y luego contra Tritón. Además, él amortiguó la caída antes de perder el conocimiento totalmente. Únicamente nos pide que le llevemos allí.

Aguardé la respuesta del almirante. Aquello no parecía gustarle porque se apartaba considerablemente de sus planes originales, que eran llevarse a Ag a la Tierra y presentarlo allí como un miembro de una raza extrasolar que intentaba conquistar nuestro sistema planetario. El que yo le asegurara que Ag y los suyos no tenían el menor interés en nosotros, no pareció preocuparle, pero sí el hecho de perder para siempre una prueba tan concluyente como eran Ag y su nave, entera o en pedazos. Entonces supe que la actitud de Suekke se haría cada vez más intolerable y que

terminaríamos enfrentándonos.

Yo, mejor que nadie, conocía a Ag y tenía la certeza que no mentía en absoluto. Estaba terminantemente decidido a luchar por su libertad.

El almirante dijo al fin:

—No puedo tomar una determinación de tanta importancia sin antes haber inspeccionado los restos del "Siracusa". Debo asegurarme que no existió ninguna clase de agresión por parte de Ag. Después solicitaré instrucciones al Ministerio de Guerra y actuaremos de acuerdo con ellas. Pero, de momento, no puedo prometer nada en absoluto.

—Es usted desconfiado, almirante —dije.

—Mi profesión me obliga a serlo —respondió—. Me juego mucho en este asunto.

Le comprendía. Se jugaba el futuro de las Fuerzas Armadas. En aquel momento me hubiera afiliado a los muchos grupos que en la Tierra luchaban en pro del pesarme total.

—¿Qué sugiere, almirante? —preguntó Forrest—. Cree que se está discutiendo algo que, mientras no se demuestre lo contrario, me pertenece a mí. Soy yo quien debe decir la última palabra en este asunto.

Suekke se revolvió contra el viejo y le fulminó con la mirada.

—¿Qué insinúa? —preguntó de mal talante.

—Me refiero a Ag —replicó el viejo, desafiante. Nunca hasta aquel momento lo había visto tan furioso —. No ha considerado el caso desde un punto lógico y legal. Si Ag es inteligente nadie puede ser dueño de su persona. Usted no puede disponer de él. Si le acusa de

atentar contra las Fuerzas Armadas tiene derecho a un abogado. Pero si lo estima como un ser irracional, entonces me pertenece por tratarse de una captura hecha por mis hombres y una nave de mi propiedad. Y en este caso, no se le puede culpar por la pérdida del "Siracusa". Está hablando de Ag como si se tratase de un objeto carente de valor, como algo imprescindible para su juego político. ¡No, señor! No consentiré eso, y, mucho menos, que intente someterlo al analizador cerebral. Sería un crimen. Teniendo en cuenta lo que le he dicho y con todos mis respetos, almirante, vuelvo a preguntarle: ¿Qué sugiere usted?

Sentí deseos de aplaudir al viejo. Suekke se levantó y paseó por la habitación. Su ceño fruncido indicaba que él había tenido en cuenta la cuestión legal, aunque seguramente no había pensado que Suekke se la plantease en términos tan severos. Indudablemente, el almirante podía conseguir un mandato de requisa para que Ag pasara a su poder; pero aquello tardaría tiempo y no se disponía de mucho en el Ministerio de Guerra, desde donde debían estar presionando a Suekke para que regresase lo antes posible a la Tierra con las pruebas que había prometido que llevaría.

Se detuvo ante Forrest y dijo roncamente:

—Insisto en ir primero a Tritón. Si allí compruebo que existió agresión contra el "Siracusa", no tendré otra alternativa que llevarme a esta criatura a la Tierra en calidad de prisionero.

—¿Y en caso contrario? —insistió Forrest.

—Devolveré la criatura a ustedes para que la custodien hasta que mis superiores permitan su

marcha —el almirante se volvió hacia mí y dijo—: Usted, Star, por ser el único a quien Ag puede comunicarle con exactitud el lugar donde están los restos de las dos naves, será el piloto del "Europa". Ahorraremos de esta forma mucho tiempo.

—¿Sólo por eso quiere llevar consigo a Ag? — pregunté desconfiado.

—Sólo por eso, señor Star.

—Tendrá que llevarnos a nosotros todos, almirante —dijo Forrest señalando a Chuck y a Ríos.

Suekke masculló algo entre dientes, tomó su gorra y dijo antes de salir del despacho:

—Está bien. Partiremos dentro de media hora. Enviaré unos hombres para que trasladen al "Europa" la jaula con Ag.

—Puede evitarse esa molestia. Ag colaborará gustoso —dije.

El almirante posó en mí su mirada al marcharse y no me gustó el brillo de sus ojos.

—No pensaréis dejarme aquí, ¿eh? —preguntó Miriam a su padre, en tono belicoso.

Se entabló una viva discusión entre ella, su novio Forrest acerca del lugar que correspondía a las mujeres. Opté por no intervenir en cuestiones familiares. Invité a Chuck y a Ríos a tomar unas copas. Ag me siguió silenciosamente y yo le ofrecí mi mano para conducirle a su habitación de la que, por petición mía, se había retirado el cubo de cristal.

CAPITULO IV

Recordé mis viejos tiempos en las Fuerzas Armadas cuando goberné al "Europa". Suekke permaneció en el puente de mando durante todas las operaciones de partida. Luego, al pairo en el espacio, establecí las coordenadas con los computadores para trazar la ruta hacia Neptuno. Afortunadamente, en aquella fecha estaba próximo a Urano y el viaje no sería demasiado largo. De haber coincidido nuestro punto de destino al otro lado del Sol hubiéramos tardado meses en llegar.

También tuve en cuenta señalar el proceso de deceleración en un punto adecuado antes de romper la órbita plutoniana, pues el movimiento retrógrado de Tritón haría bastante difícil el encuentro durante el primer instante. Era mi deseo, sobre todo, no perder el tiempo.

Ag me había comunicado, aunque de forma ambigua esta vez, que tenía cierto temor. Dudaba que le dejásemos regresar a su patria. Le pregunté si podía leer los pensamientos de los demás y me respondió que eso le resultaba imposible debido a la oposición del subconsciente. Sentí cierto alivio porque calculé que, de haber penetrado en la mente del almirante, sí que se hubiera alarmado. Yo estaba seguro que Suekke no pensaba cumplir con su palabra.

Le comuniqué mis temores a Forrest.

—Estoy de acuerdo con usted, Star —me contestó el viejo—. Yo creo en la sinceridad de Ag. Una raza que tiene la posibilidad de recorrer el Cosmos con tanta facilidad, no tiene necesidad de apetecer

conquistar un sistema planetario donde únicamente la Tierra puede ofrecerles óptimas condiciones de habitabilidad. Lógicamente Suekke también debe pensar así, pero él considera a Ag como un medio eficaz para fortalecer la debilitada posición de las Fuerzas Armadas ante la oposición pública.

Me sentí encantado de poder contar con el apoyo del viejo.

Mi labor en el crucero se limitaba a comprobar de vez en cuando. Quería penetrar en el desértico y helado Tritón por un ángulo que me permitiese aterrizar a poca distancia de donde estaban los restos de las dos naves. Le memoria de Ag resultaba prodigiosa, aunque lo verdaderamente difícil radicó en convertir en términos terrestres sus conceptos de la distancia y el tiempo.

A veces estaba tentado a pensar que Ag entendía incluso mis palabras, pero deseché aquella idea por considerarla inverosímil.

Tres días después de partir de Oberón, cuando apenas faltaban diez horas para tomar el contacto con Tritón, el gigantesco Neptuno ocupaba casi toda la pantalla visora, ofreciendo casi en el mismo centro de su esfera, de elevado albedo, la silueta gris del mayor de sus satélites: Tritón.

Podía sentirme satisfecho del viaje y de mi labor. Dejé mi puesto al piloto principal del "Europa" y me retiré a mi camarote, dispuesto a descansar tres o cuatro horas antes de volver a incorporarme al puente de mando y conducir la nave hasta el punto indicado por Ag.

Pero antes de irme a mi camarote decidí pasarme por la habitación destinada a Ag. Habíamos tenido dificultades al principio con su alimentación; pero parecía que la criatura se bastaba con agua destilada y jugo de "clorellas". Yo había temido que el capítulo de su alimentación fuese algo más difícil para el desconocido metabolismo de Ag. Pero por suerte esto se resolvió bien.

Encontré vacía la cabina de Ag. Sobre la mesita atornillada al suelo estaba el platillo con restos de "clorellas". Salí confundido y me topé con Chuck. Le pregunté por Ag. Al mismo tiempo que me respondía negativamente, sentí un impacto de dolor en mi cerebro y una perentoria llamada de socorro.

Salí corriendo y dejando a Chuck perplejo. No tenía tiempo de decirle lo que pensaba que estaba ocurriendo. Ag estaba en apuros. No sabía dónde podía estar, desde luego. Pero me lo imaginé.

Llegué a la enfermería y allí me encontré con un soldado armado apostado junto a la puerta. Mi presencia lo sorprendió lo bastante como para permitirme apartarle de un empujón y entrar sin darle tiempo a reaccionar.

Mi súbita aparición en el interior de la enfermería dejó al médico con la mano en el aire, a punto de suministrar un calmante a Ag, que se encontraba sujeto por correas a una mesa. El ser se debatía con desesperación. Sobre él pendían unos cables y un casco plateado del que partían electrodos. Era el analizador cerebral.

Alrededor de la mesa estaban el almirante Suekke

y el comandante Iflaw. En ambos la sorpresa dejó paso inmediato a una profunda ira.

—¿Qué hace aquí, Star? —me inquirió el almirante —. Nadie le llamó.

—¿Qué significa esto? —pregunté yo a mi vez, dirigiéndome hacia Ag y empezando a librarle de las correas,

—Le aconsejo que se detenga —me advirtió Suekke.

Me volví. El soldado había entrado y me apuntaba con su rifle de energía. Me aparté de Ag y avancé hacia el almirante.

—Usted no tiene autoridad para destrozar la mente de este ser —dije—. ¿Qué intenta hacer? Nos prometió que le respetaría.

—Está loco si ha pensado voy a dejar pasar ante mi la oportunidad de apoderarme de una nave capaz de viajar a las estrellas —Repuso, despectivo Suekke— Ya no me importa convertir a ese bicho repugnante en un idiota, Sabemos con certeza donde esta el “Siracusa” y la nave extrasolar. Lo importante ahora es saber cómo funciona el vehículo estelar de Ag. Y lo pienso averiguar con el analizador.

—Cuando regrese a la Tierra tendrá que responder ce muchos cargos —amenacé—. Nosotros le acusaremos.

Suekke soltó una carcajada.

—Nadie les hará el menor caso —dijo—. Mi presencia, con esa fabulosa nave, silenciará las protestas.

Me sentí nervioso y la furia empezó a dominarme.

Empero, tuve que admitir que el almirante sabía lo que decía. Nos dejarían en un rincón, sin escucharnos, ante tan grande hallazgo, e incluso colmarían de honores a Suekke.

—La ambición le domina, almirante, y no duda en cometer algo peor que un asesinato. Sabe que la raza de Ag está en peligro, que él posee datos sobre sus enemigos y que le están esperando sus compatriotas —mientras hablaba me acercaba a mi interlocutor, rogando que nadie se percatase de mis intenciones.

—En el supuesto que eso sea verdad, cosa bastante difícil de admitir, los intereses de la Tierra están por encima de toda consideración.

Creo que me moví con suficiente rapidez para sorprenderlos a todos. Me situé detrás del almirante y le agarré por el brazo derecho, retorciéndoselo sobre la espalda. Al tiempo, me apoderé de su famosa y atávica arma. Sabía que siempre la llevaba cargada. Con el revólver amartillado, amenacé a los demás.

—Quietos todos. Sé cómo funciona esto y les puedo asegurar que bien manejado es tan mortal como un rifle de energía. ¿No es cierto, almirante?

—Le juro que se arrepentirá de lo que está haciendo me respondió rojo de cólera—. Hará que se pudra e un penal militar. ¿Qué intenta hacer?

Primero obligué al soldado a que dejase caer al suelo su rifle. Era dueño de la situación, pero sabía que no podría sostenerla por mucho tiempo. Aquello no podía prolongarse. Ordené al médico que hiciera una llamada a mis compañeros para que acudiesen a la enfermería. Había ideado un plan y estaba dispuesto a

llevarlo a la práctica si ellos estaban de acuerdo con él. Tuve que amenazar al médico, para que me obedeciese con romperle una pierna a tiros. Iflaw estaba mortal mente pálido.

Forrest llegó en seguida precediendo a los demás. Le conté lo que ocurría y en sus ojos vi que aprobaba mi actitud. Chuck se apresuró a coger el rifle del suelo.

—De acuerdo —dijo Forrest—. No consiento que se dañe a esa criatura. Pero, Star, ¿ha pensado que tenemos que enfrentarnos con todo un crucero armado?

—Sí, desde luego que lo he pensado —solté a Suekke, aunque no dejé de apuntarle—. Tomaremos un bote salvavidas del "Europa" y llegaremos a Tritón. Si llevamos con nosotros al almirante y a Iflaw no se atreverán a detenernos. Los demás oficiales tendrán que pedir instrucciones a la Tierra y eso nos dará tiempo suficiente para que Ag parta en su nave. Nosotros regresaremos a Oyeron y denunciaremos el hecho. Al pueblo le gustara saber que en los cruceros de las Fuerzas Armadas llevan a bordo analizadores cerebrales.

—Apruebo la idea —dijo Rusty, quien había terminado de desatar a Ag. El ser lhienita se acercó a mí sobre sus cimbreantes piernas.

Percibí sus ráfagas de gratitud.

Dejamos encerrados en la enfermería al soldado y al médico. Nos dirigimos a los hangares. Yo llevaba bien sujeto al almirante, que no cesaba de predecir funestas consecuencias para nosotros por nuestra actitud. Nos cruzamos con varios oficiales y les

comuniqué nuestro propósito, advirtiéndoles que no dudaría en saltar la tapa de los sesos a Suekke si entorpecían nuestra huida.

El almirante les gritó que nos detuviesen, aunque él muriese; pero los oficiales estaban sorprendidos, además de asustados, y prefirieron dejarnos pasar.

Hicimos salir de los hangares a los hombres encargados de su custodia y elegimos el mayor de los botes salvavidas, suficiente para acoger a nueve pasajeros y con bastante energía para Juego trasladarnos a Oberón. Había oxígeno en gran cantidad y algunos alimentos de urgencia. Ríos y Rusty examinaron la dotación de trajes del espacio y decidimos que Ag podía utilizar el más pequeño, que le serviría si introducía dos piernas en cada pernil. Pero, de todas formas, tendríamos que cargar con él para trasladarlo a la nave.

Nos instalamos en el bote y yo tomé los mandos. Por fortuna la compuerta de los hangares se abría magnéticamente desde el interior de las pequeñas naves de emergencia. Por lo tanto, no tuvimos que conminar a los técnicos del puente de mando a que lo hicieran por nosotros.

Partimos y dejamos pronto atrás al "Europa". Si enorme mole de acero necesitaría, para llegar a Tritón, un largo proceso de deceleración y su velocidad actual era muy inferior a la de escape del bote.

Suekke e Iflaw se habían sumido en profundo silencio de lo que me alegré porque así podría concentrarme en las difíciles maniobras que me esperaban por realizar Todo lo tendría que hacer

manualmente. Eché de menos por supuesto, los computadores del “Europa”.

A unos cien mil kilómetros de nosotros nos esperaba Tritón, frío, gris y rocoso.

CAPITULO V

—¿Sabías que no hace mucho tiempo confiaba en estar casado por esta fecha?

La voz de Rusty sonó dentro de mi casco y me volví para sonreírle. No había perdido su buen humor pese a todo. Vi su rostro risueño a través de los cristales ligeramente azulados.

Regresábamos, junto con Chuck y Francis, al bote salvavidas después de terminar el trabajo en los restos de las naves. Mejor debía decir las ruinas de una de ellas, pues, como había profetizado Ag, la nave de Andrómeda se encontraba intacta, aunque medio empotrada en lo que quedaba del "Siracusa".

No resultó ser muy grande el navío de Ag. Era casi circular y tenía el color del oro viejo. Hacía apenas unas horas que nos habíamos posado en Tritón. El contacto resultó mejor de lo que habíamos esperado. Lo efectué a pocos metros de los restos del accidente y todos respiramos tranquilos cuando Ag, para quien improvisamos una especie de litera, ya que nuestros trajes espaciales le impedían andar, nos aseguró después de inspeccionar su nave que ésta se encontraba en perfectas condiciones Pero tuvimos que trabajar duro para quitar los trozos del "Siracusa" que

podían obstruir su partida.

Ya sólo nos quedaba trasladar a Ag del salvavidas a su nave, despedirnos y partir nosotros a continuación a Oberón. Mi temor constante era que el "Europa" podía parecer sobre nosotros de un momento a otro. Pero la radio del bote no recogía señal alguna y el detector permanecía silencioso.

Apenas nos separaban veinte metros del salvavidas cuando una insistente llamarada nos hizo detener. La voz agitada de Miriam nos dijo:

—¡Se acerca una nave! Me temo que se trate del “Europa”.

Lo que me temía estaba ocurriendo. Los oficiales del crucero debieron haber solicitado de la Tierra instrucciones y éstas, por supuesto, no podían ser beneficiosas para nosotros. Suekke había predicho que sus superiores no dudarían en sacrificarle a él con tal de impedir la huida de Ag y apoderarse de la nave extrasolar.

Corrimos hacia el salvavidas. Por precaución, Miriam, su padre, los militares y Ag, vestían los trajes espaciales. Les hice salir a todos y les grité que ya no había tiempo para llevar a Ag a su nave, regresar al salvavidas y partir con él a Oberón, alejándonos lo suficiente del crucero para sentirnos a salvo. Tendríamos que valer- nos de la nave de Andrómeda.

Yo tenía que hacerle comprender al lhienita nuestra apurada situación y que era imprescindible que él nos llevase a Oberón. No había previsto que los oficiales del "Europa" podían recibir tan pronto instrucciones de la Tierra.

Forrest se ocupó de conducir los prisioneros a la nave dorada. Miriam corrió tras él. Cuando Chuck y yo sacábamos a Ag del salvavidas, descubrí el fuego de las toberas del "Europa". Estaba suspendido sobre nosotros a unos diez kilómetros. Luego, de sus costados se desprendieron dos lucecitas. Eran lanchas de desembarco. Al parecer intentaban cogernos vivos.

Gracias a la ligera gravedad de Tritón, en unos pocos saltos estuvimos junto a la nave Lhien, sorteando les obstáculos del destrozado "Siracusa".

Yo entré el último en la circular escotilla de la nave extragaláctica. La pesada puerta se estaba cerrando cuando vi que algo llameante caía desde el "Europa", provocando una sorda explosión donde había estado nuestro bote salvavidas.

Escuché decir a Suekke:

—Se han dado cuenta que quieren huir y han decidido destruirnos antes que permitirlo. Ya no les sirve de nada tenernos como rehenes.

La nave de Ag sólo tenía un compartimento pequeño, en el que apenas cabíamos todos en pie. Nada más cabía un sillón, que correspondía al piloto y que, naturalmente, ocupó Ag. Rogué que la sacudida que se produciría al partir no fuese demasiado grande y no terminásemos aplastados contra el suelo. Las paredes estaban completamente desnudas, pulidas. La luz parecía salir de todas partes y era agradable.

Observábamos a Ag, que se había quitado con la ayuda de Chuck su traje espacial. Nosotros no nos atrevíamos a desprendernos de los nuestros. Intenté mentalmente que Ag me explicase si podíamos salir de

allí antes que nuestro proyectil nos alcanzara. Pero una especie de muralla parecía haberse levantado entre nosotros. Deduje que el lhienita quería prestar toda su atención al manejo de los mandos, los cuales debían ser bastante complicados en una nave que debía viajar de forma sincronizada por el tiempo y el espacio.

Sentimos que la nave vibraba. Debía tratarse de otro proyectil, pero éste había estallado muy cerca de nosotros. El siguiente tenía que dar en el blanco.

—No lograrán escapar —escuchamos profetizar al almirante. Su tono era tétricamente jubiloso. Por el contrario, el comandante Iflaw estaba tembloroso y pálido como un muerto, condición que no le había abandonado desde que salimos del crucero. Debía ser, en definitiva, un pobre diablo.

Sentí resbalar el sudor por mi rostro e inmediatamente el acondicionado de mi traje lo eliminó. Respondí al almirante:

No considera muy valiosa su vida, Sandor Suekke.

A punto estuvimos de caer todos al suelo. La nave sufrió una ligera oscilación, pero el efecto de la aceleración fue notado por todos nosotros. Me asombré al no escuchar el más leve ruido de motores. El sistema de impulsión de la nave lhienita era algo completamente desconocido para nosotros, un subyugante misterio.

Creo que empezamos a ponernos nerviosos. Entonces Chuck procedió a quitarse el casco. Respiró el aire de la nave y nos sonrió. Inmediatamente le imitamos. Cuando yo me hube despojado del mío, me

explicó que su absorbente de carbón vegetal e hidróxido de litio, no funcionaba bien y el anhídrido carbónico empezaba a molestarle, por lo que se arriesgó a respirar el aire de la cabina. Nuestra precaución se debía a que estábamos inseguros de si Ag poseía o no especiales cualidades para respirar diversas clases de atmósferas o disponía de alguna especie de reserva de oxígeno en su organismo.

Forrest se abrió paso hacia mí. Sostenía entre sus manos el casco de titanio y fibra de cristal y me dijo preocupado:

—Ya es hora de decir a nuestro amigo que nos lleve a Oberón.

Me encontré aturdido al tenerle que responder:

—Me resulta imposible comunicarme con él. Presta toda su atención al gobierno de la nave. No me hace el menor caso.

—Pues es preciso que lo haga, Star. No creo que él sea capaz de conocer la ruta. Además, no comprendo cómo puede navegar con esos mandos tan simples. No existe en esta nave ni una miserable pantalla de visión de rutas.

En efecto. Delante del asiento de Ag sólo había un pulido rectángulo de metal, del tamaño de un tablero de ajedrez. Estaba completamente lleno de pequeños botones de diversos colores. Los afilados dedos de Ag se movían sobre ellos con maestría.

—¿Saben lo que significa que el "Europa" nos haya bombardeado? —inquirió el almirante.

Nadie respondió y él agregó:

—Las Fuerzas Armadas harán lo imposible para

evitar que ustedes escapen. A estas horas estarán vigilándonos, siguiendo nuestro rastro. La guarnición de Plutón estará alerta para…

La nave pareció botar sobre algo muy suave. Suekke calló, pero no sólo por esto, sino porque Ag se había incorporado de su asiento y nos miraba fijamente. Nos escrutó uno por uno con su par de ojitos escarlatas. Entonces ocurrió lo imprevisto dentro de aquella cabalgata de hechos inesperados. Cualquier otra cosa no nos hubiera dejado tan perplejos como escuchar decir al ser de Andrómeda correctamente en nuestra lengua:

—Ya nada ni nadie podrá detenernos, almirante. Dudo que sus naves de guerra consigan seguirnos hasta aquí. Vean esto.

El brazo derecho de Ag se movió hacia el panel de botones y pulsó uno. Frente a nosotros, lo que hasta entonces había sido un pulido metal liso, desnudo, se estaba convirtiendo en una gran pantalla de televisión sobre la que contemplamos una imagen inédita para los ojos humanos.

Exclamaciones de asombro se escaparon de nuestras gargantas cuando identificamos la galaxia de Andrómeda suspendida en el centro de la pantalla. La cegadora espiral parecía estar burlándose de nosotros.

Con una extraña, pero correcta pronunciación, Ag dijo:

—Estamos a mitad del recorrido, a una distancia de mi patria que, transformada en vuestros términos, son unos 800.000 años luz. Confío en que el viaje esté resultando de vuestro agrado.

* * *

Percibí en aquel momento una oleada de satisfacción procedente de Ag. El lhienita se mostraba orgulloso ante nuestro asombro. Quizá era porque al fin se mostraba como un ser superior a nosotros. Había dejado de ser un raro animal encerrado en una jaula de cristal.

—¿Pretendes hacernos creer que en unos minutos hemos recorrido más de un millón de años luz? —murmuró Rusty entre dientes.

—El puede hacerlo así de sencillo —gruñí. Empezaba a temer que después de todo, terminaría por arrepentirme por haber ayudado a Ag y metido en aquella aventura a mis amigos.

Pero aún era prematuro dudar del lhienita. Seguramente podría explicarnos su proceder ahora, cuando se había decidido a hablar. Le pregunté cómo había aprendido nuestro idioma y desde cuándo.

—Nuestras mentes —explicó— están adiestradas para resolver complicados problemas matemáticos. Dominamos todo el poder de nuestros cerebros, sacándoles el máximo de partido. Es necesario para poder tripular estas naves. Resultó casi un juego para mí descifrar los fundamentos básicos de vuestro lenguaje. Pero mi situación entre vosotros era muy delicada, y cuando pude establecer contacto mental con Ernesto Star, consideré prudente no revelar por

entonces mi secreto. Pensé que siendo capaz de expresarme en vuestro lenguaje me convertiría en una presa todavía más deseable para el almirante.

—¿Leías los pensamientos de los demás? —pregunté.

—Únicamente contigo, apenas tenía dificultades. Los demás rechazaban mis ondas. Ni siquiera podía rastrear sus mentes, aunque con esfuerzo supe que Sandor Suekke era mi enemigo. Sus motivos no logro comprenderlos aún del todo. Vuestras razones, que os pueden parecer tan lógicas, carecen de fundamento para mí.

—¿Te refieres a nuestra sociedad, a nuestras costumbres? —insinué.

—Sí.

Sonreí y repuse:

—Tienes razón. A veces ni nosotros mismos llegamos a comprender nuestro proceder.

—No, Star. No tienes de qué arrepentirte —se apresuró a decirme Ag—. Sé que temes haber sido engañado por mí. No debéis temer nada. Os estoy agradecido por vuestra ayuda.

—¿Acostumbra a dar las gracias de esta forma? —preguntó Suekke con ironía, moviendo la cabeza hacia la pantalla, donde relucía el luminoso grupo estelar de Andrómeda.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó Forrest—. Si nos entendías debiste comprender que deseábamos ir a Oberon…

—Mi nave tenía que escapar del acoso del crucero. La única posibilidad de salir con vida que teníamos era

utilizando la impulsión superlumínica. De habernos movido con velocidad planetaria, los disparos nos hubiesen alcanzado. Además, he meditado mucho y profundamente. Los conocimientos que poseo de vuestras costumbres, escasos por supuesto, me han hecho llegar a una conclusión. Necesitáis pruebas para destruir las acusaciones que el almirante os pueda formular. Hubiera podido hacer el viaje en un solo salto, pero he preferido detenerme aquí, a mitad del camino, para explicaros lo que he decidido hacer con vosotros. Podéis permanecer unos días en los planetas de mi patria. Luego pondremos a vuestra disposición una nave mayor que ésta para devolveros a vuestro sistema solar. Os daremos pruebas irrefutables de que habéis estado en la NGC-205.

—¿Cómo sabemos ahora que no está mintiendo? —preguntó Suekke.

—Nunca he mentido. Mis contactos mentales con Er fueron sinceros —replicó Ag.

Pensé que el Ihienita parecía, ahora que hablaba, más humano.

—Tendrá que demostrarlo —gruñó Suekke.

—Me he detenido a mitad del camino para demostrároslo —dijo Ag—. Si es vuestro deseo puedo llevaros de inmediato a Oberon o donde queráis. También podéis matarme. Estáis armados.

A mí me quemó el revólver de oro. No lo hubiera utilizado contra Ag por nada del mundo. Pese a que no comulgaba con los credos del movimiento terrestre antimilitarista, creo que siempre, pese a haber servido como voluntario en las Fuerzas Armadas, repudié su

existencia. Tal vez mi deseo de ayudar a Ag estuviese unido a la hostilidad que le profesaba el almirante, y que todo resultaba producto de mis más ocultas convicciones.

—Ag tiene razón —dije—. Pudo habernos llevado a su planeta y hacernos encerrar allí antes que nos diésemos cuenta de nada. Hace unos instantes nadie pensó que estábamos viajando a miles de veces la velocidad de la luz. ¿Por qué Ag tenía que detenerse y darnos una explicación?

Mis palabras convencieron a todos y disiparon los últimos recelos. Únicamente el almirante parecía estar disconforme y dijo:

—Tengo entendido que las naves Ihienitas viajan superlumínicamente a la vez que lo hacen inversamente en el tiempo. Ag llegó al Sistema Sol porque sufrió una equivocación en la navegación y no pudo controlar certeramente el paso por el tiempo. Eso quiere decir que realmente, además de recorrer dos millones de años luz surgió en su pasado. Si ahora estamos en su presente, que es nuestro futuro, ¿qué garantías tenemos de que Ag será capaz no sólo de devolvernos a nuestro planeta, sino también a nuestro plano temporal?

Tuvimos que admitir que los argumentos del almirante eran acertados y miramos a Ag. El lhienita formó con su boca lo que libremente podía interpretarse como una sonrisa y explicó:

—Cierto. Sería más sencillo llevaros a vuestro planeta dentro del tiempo al que pertenezco, que serían unos cien años de los vuestros en el futuro.

Entonces no tendríais que responder de los cargos que el almirante os piensa formular. Nadie se acordaría para entonces de los sucesos del "Siracusa". Pero sé que esto no os gustaría. Mi nave guarda registros de todos los viajes que efectúa y no es imposible repetir el mismo fallo de navegación que produjo ese desfase tiempo-espacial. Sólo me queda haceros una pregunta: ¿Queréis continuar hacia Andrómeda o regresar?

Nos miramos mutuamente, consultándonos en silencio. Una vez pasado el momento de la incredulidad, la idea de visitar una civilización distinta y que estaba muy por encima de la nuestra, empezaba a cautivarnos. Incluso Suekke e Iflaw parecieron dar su consentimiento por medio de una muda actitud.

Ag comprendió y dijo:

—Gurlow, como podéis llamar a mi mundo natal, os espera.

CAPITULO VI

Gurlow era un planeta ligeramente mayor que la Tierra, pero de unas características muy similares. Su atmósfera contenía quizá una superior proporción de oxígeno y gases neutros que la nuestra, por lo que causó en nosotros, durante los primeros momentos, ligeros trastornos. Describía órbita a unos ciento veinticinco millones de kilómetros de una estrella gigantesca rojo-anaranjada tipo KM y gozaba casi constantemente de una temperatura tropical.

Nuestra presencia despertó el natural interés entre

los habitantes. La ciudad a la que nos dirigimos estaba constituida por edificios de una sola planta y dispuestos simétricamente. Los medios metropolitanos de locomoción trasladaban a los lhienitas subterráneamente de un lugar a otro en pocos instantes.

Gurlow estaba constituido en sus dos terceras partes por tranquilos océanos y era el único planeta habitado de aquel sistema solar de seis.

Las atenciones que los nativos tuvieron con nosotros fueron muchas y muy variadas, era la primera vez que veían seres de otra raza inteligente. Aceptamos con gusto que un grupo de sus sabios nos estudiaran.

Nos escrutaron con extraños aparatos que no comprendimos, pero que no nos molestaron lo más mínimo. Resultó gracioso que tardaron en descubrir a Miriam como una representante del sexo reproductor. El caso era que nosotros nunca hasta entonces habíamos sabido si Ag era hembra o macho. Resultó ser lo último. Pero para ellos la clase sexual no tenía la menor importancia.

Ag apenas se separaba de nosotros. Sólo una vez estuvo ausente casi un día completo de los de Gurlow, que duraba casi treinta horas. Cuando regresó, explicó que había marchado a otro planeta para sostener un cambio de impresiones con sus superiores intelectuales y entregarles los datos que él poseía acerca de los uconitas. En la raza Lhien sólo los que poseían mayor intelecto estaban jerárquicamente por encima de los demás.

Una casa, modificada especialmente para nuestro uso, nos fue asignada desde el primer día. Disponíamos en ella de todas las comodidades. Con sorpresa descubrimos que los aparatos suministradores de alimentos que disponía la vivienda nos proporcionaban comida aceptable para nuestros organismos.

Lucía una radiante mañana y todos estábamos sentados en una especie de terraza, junto a la casa. Ante nosotros, la vista resultaba un poco monótona, aunque no carente de belleza. Los prados y casas cubrían por completo el horizonte. En el cielo volaban ordenadamente miles de naves pequeñas y aladas.

Ag nos estaba explicando sus proyectos.

—Mis informes sobre los uconitas serán vitales para lograr su total expulsión de los planetas que están ocupando. Nuestros mejores científicos están elaborando un plan eficaz para destruirlos totalmente.

—Creí que la raza Lhien era pacífica —dijo socarrón el almirante.

—Las circunstancias nos obligan a utilizar la violencia. Por suerte nuestra, los invasores sólo se han posesionado de planetas desiertos, que hemos estado preparando durante años para futuras colonizaciones, en una zona del espacio todavía virgen. Actualmente no nos son precisos, pero la actitud hostil de los uconitas nos hace pensar que en un futuro próximo pueden atacarnos. Además, no seremos nosotros quienes iremos a la lucha. Enviaremos naves automáticas equipadas con cerebros electrónicos a los que inculcaremos la misión de destruir a todo ser

viviente que responda a los impulsos mentales similares a los que poseen los uconitas. Por esta razón, vosotros tendréis que marcharos antes que comience la ofensiva.

—¿Por qué? —pregunté.

—Hemos advertido que vuestros impulsos mentales son idénticos a los de los invasores. Si permanecéis aquí corréis el peligro de ser aniquilados por las máquinas automáticas.

Sentí un escalofrío. Quise saber:

—¿Cómo son los... uconitas?

—Nunca los hemos visto. Registré la clase de sus impulsos cuando volé sobre ellos. Allí observé que tan pronto nosotros aparecemos se refugian en sus naves y extrañas máquinas con las que están adaptando el terreno y construyendo instalaciones defensivas. No hemos podido averiguar cómo es su aspecto físico; pero hemos comprobado con verdadera sorpresa que sus naves son capaces de viajar por el espacio-tiempo. Eso nos ha desconcertado mucho, ya que el resto de su tecnología no está al nivel de su forma de viajar por las estrellas.

—¿Y qué hay de posibles contactos amistosos con ellos? —preguntó Forrest.

—Hicimos varios intentos, pero todos terminaron en fracasos. Los uconitas nos temen. Parecen conocernos. Muchos de los nuestros han perecido cuando intentaban comunicarse con ellos para conocer sus intenciones.

—Allá en Oberón dijiste algo sobre unos compatriotas vuestros que hace siglos abandonaron

estos planetas en busca de razas contra las que guerrear —comenté ¿No puede tratarse de ellos que han regresado?

Ag negó con la cabeza

—No, Los uconitas son completamente distintos a nosotros, los lhienitas —respondió— Estamos seguros por los registros mentales. Deben proceder de otra galaxia. Podemos afirmar, desde luego que no son de Andrómeda.

—¿Cuándo regresamos a la Tierra? —preguntó Iflaw.

—Puede ser ahora mismo si lo queréis —respondió Ag. Desde que había regresado a Gurlow lucía, además de su brillante taparrabos, una corta capa que le caía lánguidamente hasta lo que podía considerarse como su cintura—. En realidad podéis permanecer aquí hasta poco antes que iniciemos el ataque contra los uconitas.

—¿Qué haremos durante todo ese tiempo?

—Estoy a vuestra entera disposición para mostraros todo cuanto deseéis conocer. Sé que vuestra curiosidad es grande.

—Sí, creo que será lo mejor —afirmó Forrest—. Podemos dedicarnos al turismo hasta el momento de la partida. ¿Conformes?

¿Quién era capaz de despreciar semejante oportunidad? Mil maravillosas cosas inéditas a nuestros ojos estaban a nuestro alcance. Todos apoyamos aquel proyecto, incluso Suekke. Creo que el almirante tenía tanto interés como el que más. Pero su curiosidad se basaba en que pensaba recoger datos de

la avanzada técnica lhien para llevarlos a la Tierra.

Ag nos dijo que antes del regreso nos regalaría diversos aparatos que asombrarían a nuestros científicos, aunque difícilmente podríamos reproducirlos a causa del atraso de nuestra ciencia.

Todos los objetos serían, por supuesto, de uso pacífico, casi juguetes en nuestras manos. Ag insistía en que ellos carecían de armas, aunque ahora, movidos por la necesidad, estaban desenterrando de los archivos los planos necesarios para fabricar las máquinas de aniquilación que poseyeron sus antepasados.

Aquel mismo día iniciamos el recorrido por el planeta. Ag nos llevó a una nave mayor que la primera que nos trajo. Estaba preparada con sillones adecuados a nuestra anatomía.

Las Montañas de Fuego y los Ríos de Lava, situados en el macizo volcánico del Sur nos fascinaron. Luego, las ciudades empezaron a cansarnos a causa de su monótona repetición. Todas eran iguales.

Sin embargo, las factorías automatizadas hasta el límite nunca llegaron a aburrirnos. Resultaba asombroso contemplar aquellas complicadas instalaciones funcionar sin un error. Pocos lhienitas eran precisos para su cuidado.

Tuvimos ocasión de bañarnos en serenas playas, y luego recibir sobre nuestros cuerpos la caricia de los rayos del sol rojo-anaranjado. En varias ocasiones. Miriam y Rusty se perdían de vista y todos hacíamos un poco la vista gorda, incluso Jack Forrest.

Sostuve a solas con Ag una larga charla sobre

nuestras costumbres sexuales. El lhienita sentía cierto interés sobre esta cuestión. Me hizo saber que desde hacía muchos siglos su raza se había librado de los inconvenientes de la reproducción. Me insinuó que quizá por ello sus mentes estaban más sanas que las nuestras.

Yo estuve de acuerdo con las ventajas de sus procedimientos, pero seguía siendo fiel a nuestras salvajes y atávicas costumbres.

Al otro día, antes de partir hacia un nuevo planeta, ocurrió un suceso que me preocupó, pero que no comuniqué a nadie para evitar recelos.

Desde que huimos del "Europa" yo había conservado el revólver del almirante. El rifle de energía se perdió en nuestra precipitada huida de Tritón. Así pues, la única arma que teníamos era el revólver.

Pero aquella mañana, cuando me desperté, había desaparecido. Lo busqué sin resultado por toda la habitación. Terminé sospechando que el almirante o Iflaw, me lo habían robado mientras dormía.

Decidí callar e investigar por mi cuenta.

Cuando vi a Suekke e Iflaw a la hora del desayuno los encontré normales. No descubrí en ellos ninguna reacción de culpabilidad. Tal vez Suekke era el culpable, pues él debía profesar un gran afecto a aquella rudimentaria arma y había querido recuperarla. Traté de olvidar el asunto, pensando que de poco podía servirle allí. Al fin y al cabo era suyo el revólver y yo no hubiera tenido más remedio que devolvérselo al regresar a la Tierra.

Ag nos llevó a un planeta distante de Gurlow unos veinte años luz. Ya nos estábamos acostumbrando a los viajes que duraban el tiempo de un parpadeo. Ag nos explicó que sus naves utilizaban la energía desparramada por el espacio.

Hacía muchos años que habían abandonado el poder atómico y nos aseguró que nosotros tardaríamos bastante en utilizar la constante energía que desprendían las estrellas.

El planeta que visitamos era eminentemente industrial. En unas fábricas colosales se nos mostró algo que parecía ser la producción de navíos en cadena. Desde una plataforma presenciamos cómo se empezaba el montaje de las naves, y, al final de un recorrido de dos kilómetros, quedaban terminadas. Alrededor del tren actuaban miles de brazos y engranajes de plateado metal que los iban formando.

—Estas naves se terminaron de diseñar ayer, y hoy se comenzó su fabricación —explicó Ag.

—Son un poco diferentes a las demás y su metal no es dorado, sino rabiosamente negro —comenté.

—Al final de esta cadena son introducidas en cámaras de pruebas. Si las pasan satisfactoriamente, entonces son llevadas a otro departamento donde les colocan los cerebros electrónicos.

Me volví para mirar a Ag.

—¿Son éstas las naves que pensáis lanzar contra los uconitas?

—Sí. Por eso su metal es negro, una aleación muy costosa mucho más fuerte que las de color dorado. Estas naves son indestructibles y están equipadas con

proyectores de luz sólida ante lo cual no existe defensa posible. Estamos fabricando diez mil al día. Cuanto tengamos listas cincuenta mil, comenzaremos la ofensiva contra los invasores.

El cálculo era sencillo y dije:

—Entonces tendremos que partir antes de cinco días.

—Exactamente.

Ag se esforzaba por distraernos y satisfacer nuestra insaciable curiosidad, pero carecía del sentido de la proporción. Así, cuando decía que iba a mostrarnos unas factorías, teníamos que pedirle un descanso, cuando después de muchas horas de verlas estábamos agotados.

En otro planeta, dedicado a producir obras de arte y entretenimientos, donde vivían todos los artistas de la raza Lhien, lo pasamos mejor.

Luego fuimos invitados a presenciar unos juegos que se celebraban en un gran estadio, donde se competía en algo parecido a nuestro ajedrez, aunque muchísimo más complicado. Los espectadores no se limitaban a mirar, sino que participaban activamente en el juego. Creo que aunque hubiésemos pasado allí miles de horas nunca habríamos llegado a comprender sus reglas.

Siempre terminábamos la jornada en Gurlow. Después de tomar un ligero refrigerio a base de algas y sus derivados, salí a la terraza. Me dediqué a contemplar el cielo tachonado de estrellas. Allí comprendí cuán grande es el Cosmos. Nuestro Sol, que nos parecía tan importante desde la Tierra, allí

quedaba convertido en una gota de agua en medio de aquel océano.

Sentí deseos de fumar. El último cigarrillo que saboreé fue antes de salir de Oberon. Tomé asiento junto a la balaustrada. No tenía sueño y decidí quedarme allí un rato.

Recapacité sobre los últimos acontecimientos y llegué a la conclusión de que Suekke estaba adoptando una actitud extraña. Cada vez hacía a Ag más preguntas técnicas y mostraba un inusitado interés por el funcionamiento de las naves lhienitas. Cada vez que efectuábamos un salto sus ojos relucían y seguían fijamente los movimientos de Ag sobre el panel de mandos.

Si Ag hubiera sido humano me habría maravillado al ver que no guardaba a Suekke el menor rencor por lo pasado. Contestaba a todas sus preguntas cortésmente e incluso parecía tener especial interés por complacerle.

Me retiré a mi habitación convencido que debía vigilar estrechamente al almirante.

Como remate a nuestra estancia en Lhien, Ag nos llevó a un distante planeta donde estaba centrado lo que podríamos llamar Mando Intelectual de aquel vasto imperio. Nos mostró el edificio, colosal y lujosísimo, en el cual se reunían los representantes de todas las ciudades para fijar las directrices de gobierno.

Tuvimos la suerte de presenciar una de aquellas reuniones. Aunque las deliberaciones, aparentemente se desarrollaban a viva voz, en el idioma de los

lhienitas, Ag explicó que mientras tanto las mentes de todos los Superiores Intelectuales estaban conectadas entre sí, cambiándose impresiones e ideas por miles a la vez.

Fue durante el viaje de regreso a Gurlow cuando Suekke insinuó a Ag que le gustaría muchísimo probar a gobernar aquella nave. Aseguró que con unas explicaciones ligeras sería capaz de efectuar un salto sencillo.

Yo sentí un presentimiento. Me sobresalté cuando Ag preguntó a Suekke si no le importaba hacer la prueba el día siguiente, poco antes de que partiésemos hacia la Tierra. Suekke consintió en ello y poco después estábamos de nuevo en nuestra casa en Gurlow. Anochecía y yo busqué a Rusty, aprovechando que su novia le había dejado solo un momento para ir a tomarse un baño de aire esterilizador.

—Ocúpate mañana constantemente de Iflaw y yo lo haré de Suekke —le dije a él, y me miró con extrañeza.

—¿Por qué?

—¿No te dice nada que Suekke quiera pilotar la nave de Ag?

—Es normal, ¿no? Simple curiosidad, creo yo. Nosotros, tú y yo, también somos navegantes del espacio y estoy seguro que a ambos nos gustaría mucho sentarnos ante los mandos de un navío semejante antes de marcharnos de aquí. Esta ocasión será única.

Asentí. Pero seguía sin estar conforme.

—El almirante puede pensar que todavía no ha

perdido la partida. Quizá intente algo desesperado.

Me molestó mucho que Rusty se riese de mis temores.

—Siempre has sido un desconfiado, Er —dijo—. Ninguno de nosotros está capacitado para aprender el funcionamiento de una nave Lhien en un día. A lo sumo Suekke se limitará a efectuar un corto salto si Ag le indica los botones que puede pulsar. Nada más.

Terminé por hacer un gesto de aparente indiferencia y dije:

—De todas formas no te separes de Iflaw hasta que estemos en la Tierra y Ag haya emprendido el regreso. Recuerda que Suekke no es tonto y ya era un experto piloto cuando nosotros éramos unos críos.

—Está bien, hombre. Me convertiré en la sombra del comandante.

Tardé mucho aquella noche en poder conciliar el sueño. Era nuestro último día de estancia en Gurlow, y sentí un poco de nostalgia.

Mi habitación no tenía ventana que me anunciara la llegada del nuevo día, pero los lhienitas usaban a modo de despertador un sencillo sistema. Las luces de los dormitorios crecían en intensidad, y cuando esto ocurrió todavía no había pegado un ojo. Era como si la luz del amanecer hubiese inundado la estancia.

Me levanté y me dirigí a la pequeña cabina, donde recibí con agrado un acariciante baño solar purificador. Luego me reuní con mis compañeros.

Desayunamos en medio de un ambiente excitante. Parecía que todos estábamos de buen humor, aunque un poco nerviosos ante nuestro próximo retorno a la

Tierra. Incluso Suekke e Iflaw estaban aquella mañana contentos.

Ag llegó en seguida a bordo de un vehículo aéreo para recogernos. Nos trasladó en él a la explanada que servía de campo espacial. Al lado de la nave se alineaba media docena de lhienitas. Uno de ellos nos dirigió una especie de discurso de despedida que Ag nos tradujo.

—Os desean un feliz retorno al hogar y os reiteran su amistad y la gratitud de la raza Lhien por la ayuda, que me habéis prestado —dijo Ag—. Ha dicho más cosas el portavoz, pero son frases protocolarias sin sentido para los humanos.

—Es suficiente, Ag —dijo Forrest en nombre de todos—. Puedes comunicarles nuestro agradecimiento por la hospitalidad que nos habéis brindado.

Después de un corto y rápido cambio de palabras entre Ag y la comisión que había acudido a despedirnos, subimos a bordo. Nos instalamos en la única cabina existente en la nave y Ag ocupó su lugar ante los mandos.

Vi una caja de metal Junto al lhienita y calculé que debía contener los regalos prometidos y que serían nuestras eficaces pruebas para demostrar la veracidad de nuestro relato y la actuación improcedente del almirante hacia un representante de una raza inteligente y pacífica. Pese a que aquella caja representaba para nosotros nuestra seguridad, me sentí preocupado porque para los dos militares significaba todo lo contrario. A ellos los condenaba.

Partimos de inmediato de Gurlow, y Ag se volvió

para decirnos:

—En atención al comandante y al almirante Suekke me he detenido a unos doscientos años luz de los límites de nuestra nebulosa. Con gusto le brindaré mi puesto en la nave.

Yo casi salté de mi asiento para decir:

—¿Para qué perder el tiempo? Ninguno volveremos a ver otra igual.

—Precisamente por eso no existe ningún temor en satisfacer la curiosidad del almirante. Sé que para él significará mucho. Como en realidad mi presencia le ha producido muchos trastornos, de alguna forma deseo desagraviarle.

Ni siquiera en aquel momento, Rusty llegó a interpretar mis temores debidamente, pues se limitó a decir algo al oído de su novia, algún chiste que la hizo reír. Sólo Chuck protestó alegando que perderíamos el tiempo, pero en seguida calló.

Suekke se apresuró a levantarse de su asiento y ocupar el de Ag. El lhienita permaneció a su lado. Antes de empezar con las explicaciones oportunas hizo descender del curvo techo una vítrea esfera. Dentro de ella estaba perfectamente detallado un extenso mapa estelar.

—Este sistema es usado por nuestros pilotos neófitos. Los veteranos no tienen necesidad de valerse de estos mapas trazadores de rutas. Se trata de un coordinador electrónico — Ag señaló un puntito rojo que se destacaba de los demás—. Esta es la posición de la nave. Estamos en una esfera carente de estrellas de poco más de treinta años luz. El almirante efectuará

un salto de veinte años que nos llevará cerca de un cúmulo de soles pertenecientes a nuestros dominios aún deshabitados.

Yo, pese a mis temores, seguía con interés las explicaciones de Ag. Era como si un hombre civilizado enseñara a conducir un vehículo terrestre a un salvaje de nuestra vieja Tierra. Si el salvaje era listo tal vez aprendiese a llevarlo por una buena carretera, aunque nunca llegaría a entender para qué serviría cada pieza del motor.

—Estos botones azules —seguía explicando pacientemente Ag—, sirven para equiparar la velocidad de la nave y la distancia con la constante que debemos emplear en nuestra incursión por el tiempo. Será fácil para ti, almirante Suekke, efectuar el salto. Lo que no podrías hacer es recorrer los dos millones de años luz que nos separan del Sistema Sol de una vez. Para eso tendrías que efectuar múltiples saltos. Una quimera. Se requiere una enseñanza más intensa.

—Creo que entiendo. Elegiré una estrella de séptima magnitud —dijo Suekke. Comprobó unos datos y añadió—: Está exactamente a treinta y un años, cuatro horas y tres minutos luz. ¿Correcto?

Noté que Ag titubeó antes de responder, pero al fin dio su conformidad. Sentí deseos de preguntarle qué era lo que le había hecho vacilar, pero ya Suekke estaba actuando y me contuve.

Durante los cuarenta y cinco segundos que duró el salto por el espacio-tiempo, ocurrieron los hechos vertiginosamente. Iflaw me cogió desprevenido. Nunca

hubiera pensado que escogiera aquel instante para actuar.

Iflaw había saltado sobre Ag, aprisionándole entre sus brazos. Suekke sólo tuvo que mover rápido la mano que ya amartillaba su revólver de oro para asestar al lhienita un fuerte golpe en el cráneo. Ag cayó sin soltar un solo quejido de dolor. Entonces Iflaw tomó el revólver de su almirante y nos apuntó con aquella rudimentaria arma cuando nos estábamos levantando de nuestros asientos.

—Dispararé contra el primero que intente cualquier tontería —nos advirtió.

Entonces Suekke terminó de efectuar el salto e hizo aparecer la gran pantalla visora que hasta aquel momento había permanecido oculta en la desnuda pared frente a nosotros. En ella surgió un sol amarillo, de carbono, casi hermano gemelo del nuestro. A la derecha de la estrella, flotando en el espacio, había un verdoso planeta rodeada por seis satélites, apenas a unos diez millones de kilómetros de nuestra actual posición.

—¿Qué ha hecho, almirante? —preguntó Forrest inocentemente.

Yo me precipité para ayudar a Ag, sin importarme la amenaza de Iflaw. El lhienita, según pude comprobar, sólo estaba privado del sentido y calculé que pronto volvería en sí. Lo tomé entre mis brazos y lo deposité en mi propio sillón.

Suekke se había levantado de los mandos y parecía querer dirigirnos la palabra. Yo le pregunté:

—Ya sospechaba yo que había alguna cochinada

por el estilo, almirante. ¿Qué se propone ahora?

—Voy a regresar a la Tierra. Solo. A ustedes les voy a dejar en un planeta habitable y allí esperarán, que los compatriotas de Ag acudan a rescatarlos. El comandante Iflaw se quedará con ustedes para que no traten de impedirme la marcha. El sabe que tengo que hacer esto porque es imposible tenerlos a bordo conmigo. Está dispuesto a sacrificarse. Lamento no poder llevarme a nadie, ni siquiera a Ag, como hubiera sido mi deseo.

CAPITULO VII

Fue inútil que intentásemos convencer al almirante que sus proyectos eran una locura. El creía obrar correctamente según su criterio militar y nada ni nadie le haría volverse atrás.

Yo noté al comandante Iflaw intranquilo ante la perspectiva de quedarse con nosotros mientras su superior iniciaba el problemático regreso a la Tierra. Lo peor de todo era que Suekke conocía las dificultades con que iba a enfrentarse, pero, según él, no tenía otra alternativa.

El planeta de predominante color verde fue nuestro primer objetivo. Suekke estaba dispuesto a visitar a los que fueran precisos para dejarnos en un lugar seguro. Tuvo la suerte que aquel mundo era semejante a la Tierra, incluso más parecido que Gurlow, debido a su sol amarillo.

Forrest le suplicó incluso, tal vez pensando en su

hija, que nos permitiese dejarnos marchar con él. Pero Suekke tenía poderosas razones para llegar a la conclusión que lo mejor para él era abandonarnos en aquel planeta. Se había llevado provisiones de Gurlow suficientes para él durante un mes, pues sinceramente reconoció que tardaría bastante tiempo en encontrar la ruta correcta de la Tierra.

Suekke nos explicó que, aparte de la cuestión alimenticia, las naves lhienitas no estaban acondicionadas para que los viajeros permanecieran mucho tiempo en ellas, ya que la brevedad de los viajes lo hacía innecesario. No tenía dónde encerrarnos y temía que nosotros intentásemos reducirle cuando se nos presentase la más mínima oportunidad.

—No puedo desperdiciar esta ocasión —dijo Suekke cuando descendimos de la nave. Era de día donde aterrizamos y hacía un ligero frío aunque tolerable—. Mi deber es regresar a la Tierra con algo que la beneficie. Una nave lhienita es de un valor incalculable para nuestra civilización.

—Querrá decir que las Fuerzas Armadas sigan disfrutando de sus amplios privilegios — rezongó Forrest, quien una vez acabados todos los medios persuasivos para convencerle amistosamente, había cambiado su actitud humilde en franca hostilidad.

—Siguen juzgándome mal, señores —dijo el almirante—. No sólo me debo a mis compañeros de armas, sino que tal vez ustedes no han pensando que los mismos invasores que están ocupando los desiertos planetas de los lhienitas pueden algún día llegar a la

Tierra.

—Si nos quedamos aquí corremos un grave peligro —protestó Rusty—. No tenemos alimentos ni esperanzas de que nos encuentren a tiempo.

—Ag volverá pronto en sí y pedirá ayuda —respondió Suekke—. ¿No es cierto que puede establecer contacto mental con sus semejantes? Según mis cálculos, estamos a menos de ochenta años luz del primer planeta habitado por los lhienitas. Ag tiene poder telepático para llegar incluso más allá. Estoy seguro que ustedes serán sacados de aquí antes que las naves negras sean lanzadas contra los uconitas.

—Ha pensado en todo, almirante —dije con amargura.

—Nunca me hubiera atrevido a llevar esto a cabo si supiera que sus vidas corrían peligro. Además, Iflaw está armado y se queda aquí. Lamento tener que desprenderme de esa reliquia, pero deseo que cuenten con algo para defenderse si son atacados por algún animal salvaje mientras llega el socorro. Confío en recobrar el revólver cuando vuelvan a la Tierra. Seguro que Ag, dispondrá de otra nave para ustedes.

Le volví la espalda al almirante y regresé junto al todavía inanimado Ag. Le aprecié algunos síntomas de que volvía en sí. Me senté a su lado, en el suelo. Estábamos cerca de un bosque que descendía por una suave ladera hasta un extenso valle muy fértil.

La nave dorada lhienita permanecía a unos cien metros de nosotros. Me pregunté si el almirante lograría regresar a la Tierra. Había demostrado que conocía el funcionamiento del navío más de lo que

habíamos supuesto. Pero algo totalmente distinto sería cuando intentase recorrer el pavoroso vacío galáctico que nos separaba del Sistema Sol. Quizá nunca encontraría el camino del retorno al hogar.

Miriam, Jack Forrest, Rusty, Chuck y Francis formaban un silencioso grupo frente a Suekke e Iflaw. El almirante empezaba a ponerse nervioso. Yo noté que se restregaba las manos y eso en él era un claro indicio de impaciencia. Sabíamos que quería marcharse cuando Ag recobrase el conocimiento.

Me gritó:

—¿Es que nunca se va a despertar ese bicho?

Le contesté con la verdad, pues no sabía qué ventaja podíamos obtener mintiéndole y retrasando su partida.

—Creo que lo hará pronto. Márchese. Evítenos su presencia, almirante.

Suekke titubeó. Creo que en aquel momento hubiera deseado decirnos algo amistoso, disculparse tal vez. Pero habría resultado ridículo que nos hubiese estrechado las manos y deseado una feliz y corta estancia en aquel planeta.

Le observé regresar a la nave. Al llegar junto a la entrada se volvió y nos agitó la mano. Nadie, excepto Iflaw, le respondió. El comandante se llevó ligeramente a la frente su derecha, saludándole militarmente.

Instantes después, la nave se elevó del suelo en medio de un total silencio, utilizando la energía de las estrellas para vencer la gravedad del planeta. Cuando apenas estaba a dos kilómetros de altura se convirtió

en un trozo de luz que rápidamente desapareció de nuestra vista. Se había sumergido en el espacio-tiempo.

Sinceramente deseé que el almirante encontrara el camino de la Tierra.

El grupo se acercó a mí, seguido a prudencial distancia por el comandante. Chuck se volvió para gruñirle:

—Ya puede guardar esa arma. Nadie puede hacerle daño a su almirante, ¿no?

Iflaw comprendió que se encontraba un poco en ridículo y dejó de apuntarnos, aunque no de amartillar el revólver. Se sentó a unos metros de nosotros, sobre una roca. Todos nos sentíamos solos y desamparados, pero creo que la soledad de Iflaw se convertía en aquellos momentos en algo trágico.

—¿Qué pasará ahora, Ernesto? —me preguntó Forrest.

—Sólo podemos esperar. Y confiar que Ag, cuando despierte, comunique lo sucedido y vengan a buscarnos. Como dijo Suekke, no creo que los lhienitas tengan inconveniente en llevarnos a la Tierra en otra nave.

—¿Confías en que reaccionarán así, tan noblemente?

Me encogí de hombros.

—Al menos lo espero. Afortunadamente Ag vive. Distinto hubiese sido si estuviera muerto. Una nave robada no creo que tenga mucha importancia para ellos.

—Pero puede estar malherido —dijo Rusty—. No

sabemos las consecuencias que para estos seres puede tener un golpe como el que le propinó el almirante —nos miró y añadió—: ¿Y si su mente está dañada e imposibilitada para comunicarse por telepatía…?

—¡Por Dios, Rusty…! —dijo Miriam palideciendo.

Comprendí la alarma de la muchacha. Si Ag no podía pedir ayuda… Miré en derredor. Aquel planeta no parecía malo para vivir; pero nosotros carecíamos hasta de un encendedor. Era imposible predecir cuánto tiempo podríamos vivir allí.

Y luego estaban las naves negras lhienitas, que pronto se desparramarían por toda aquella galaxia buscando ciegamente seres vivientes que no fuesen sus constructores, para aniquilarlos. Aquellas naves que habíamos visto montar y armar era lo que más me preocupaba en aquel momento. Calculé que quedaban pocas horas para que los Superiores Intelectuales de Lhien ordenasen la partida de sus miles de naves de tétrico metal negro.

Escuché un quejido de dolor y me volví para mirar a Ag, que empezaba a incorporarse del suelo. Le ayudé a sentarse mientras los demás se acercaban ansiosos.

—¿Cómo te encuentras, Ag? —pregunté.

Ag asomó por entre sus párpados sus ojos escarlatas y nos miró como si fuese la primera vez que nos veía.

—¿Estás bien? —insistí. De soslayo vi a Iflaw acercarse.

El lhienita empezó hablando en su lengua. Al mismo tiempo sentí dolorosas punzadas en mi cerebro. Ag no empleaba acertadamente sus poderes y me

lastimaban sin darse cuenta. Luego pareció percatarse de que no le entendíamos y dijo en nuestro idioma:

—Estoy muy mal. Pero, ¿por qué todo esto?

Callamos.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Ag dolorosamente.

Resultaba difícil explicar a Ag cómo es la introvertida personalidad humana. La actitud del almirante ya nunca llegaría a comprenderla. Me limité a relatarle todo lo sucedido y las intenciones que habían impulsado a Suekke a obrar así. Me sorprendí al darme cuenta que yo mismo parecía estar defendiendo al almirante. Quizá al excusarle trataba de tapar los pecados de mi raza.

—El se atrevió a dejarnos aquí porque tenía la certeza de que tú nos sacarías pronto —terminé diciendo.

Ag se levantó apoyándose en mí y observó dónde estábamos. Mi mente ya estaba acostumbrada a las actividades de la suya y lo que percibí fue una oleada de pánico, pero que quise interpretar como una llamada de socorro.

Luego, su rostro ceniciento se volvió hacia mí, diciendo:

—No puedo concentrarme ahora. Estoy débil y la distancia es excesiva. Confío en poder hacerlo dentro de poco…

Aquello nos alivió, aunque no demasiado. Todo se reducía a tener un poco de paciencia. Luego Ag se apartó de mí y recorrió unos metros, escrutando el salvaje paisaje de aquel planeta desconocido.

—Lo importante ahora es saber dónde nos encontramos —dijo el lhienita mientras sacaba de una bolsita que llevaba sujeta al cinturón un pequeño cubo metálico que empezó a mover entre sus hábiles dedos.

—El lugar no parece malo del todo —dijo Chuck—.

Al menos para no estar demasiado tiempo. Confío en no tenerme que comer las botas...

Me acerqué a Ag y le observé trabajar con el cubo, poco más grande que un dado. Supuse que se trataba de una especie de brújula.

—Nos detuvimos cerca del grupo de soles prohibidos —murmuró Ag. Había extraído del aparatito una antena de unos veinte centímetros de larga. Se volvió para decirme—: Ocurre lo que me estaba temiendo, Er. Estamos en uno de los planetas invadidos por los uconitas.

CAPITULO VIII

Si me hubiera dicho que estábamos rodeados de saurios creo que no me habría alarmado tanto. Pregunté a Ag:

—¿Estás seguro?

—No hay la menor duda. Cuando Suekke me dijo que pensaba acercarse a esta estrella estuve a punto de decirle que eligiese otra ruta. Pero pensé que no correríamos peligro porque no nos acercaríamos lo suficiente al planeta. Los uconitas sólo atacan cuando nuestras naves atraviesan la atmósfera.

—Tal vez te equivoques, Ag —dije—. Suekke pudo aterrizar sin la menor dificultad. Nadie nos atacó.

—A veces se puede sorprender a los uconitas. Yo lo hice en otro mundo cuando obtuve los datos de sus impulsos mentales. Fue al salir cuando me descubrieron. Esta estrella tiene el número 76538 y es precisamente en este planeta donde están los mayores contingentes de uconitas. Y esto no es todo, Er.

—¿No? —dijo irónico Ríos—. ¿Todavía queda algo para poner más tenebroso nuestro porvenir?

—Este planeta posee un solo continente y Suekke nos ha dejado apenas al lado de uno de los campamentos invasores —repuso Ag.

Ríos se volvió contra el comandante Iflaw, que en silencio se había acercado a nosotros.

—¡Qué risa! Y su almirante dijo que estaba convencido que nos dejaba seguros aquí. Me gustaría que se metiera de lleno en una estrella durante el camino.

—Eso es lo más probable que le ocurra —convino Ag—. Me temo que Suekke no ha meditado bien el paso que ha dado. Tiene menos de un uno por mil de probabilidades de regresar a la Tierra.

—Pues nosotros no estamos mejor que él —rió nerviosamente Chuck—. Tal como nos han pintado a los uconitas, me los estoy figurando con rabos, cuernos y patas de macho cabrío.

—Y no hay que olvidar a la flota negra lhienita… —concluyó Rusty para hacer más halagüeño el porvenir.

—Ese almirante resultó ser un hijo de perra —masculló Chuck.

—Obró tal y como le dictó su deber —protestó

débilmente Iflaw—. No consiento que…

No pudo terminar la frase porque el puño de Chuck se lo impidió. El golpe en la mandíbula fue tremendo. Iflaw cayó aparatosamente al suelo. Desde allí escupió algo de sangre y volvió a empuñar el revólver, apuntando al pecho de Chuck, quien se detuvo en su avance, que había iniciado con la clara intención de continuar el castigo.

—¡Quieto! —gritó el comandante.

Leí en la mirada de Iflaw la determinación de matar. Aquel hombre tenía los nervios destrozados y podía cometer una locura. En otras circunstancias creo que no habría sido capaz de pegar a un perro, pero nuestra situación no era normal ni tampoco el lugar corriente, adecuado a nuestra naturaleza. Allí estábamos desplazados.

Lo peor de todo era que Chuck también estaba nervioso y parecía importarle muy poco el hecho que Iflaw estuviese armado.

—Le repito que se quede ahí —la voz temblona del comandante terminó siendo ahogada por un insistente y rítmico ruido que partía de nuestras espaldas.

La tensión que nos embargaba y que a punto estuvo de terminar en tragedia cedió para convertirse en un manto de miedo hacia lo desconocido que nos cubrió pesadamente.

El ruido, cada vez más fuerte, procedía del bosque cercano. Parecía como si una docena de carros de combate avanzara sobre nosotros. Nos reagrupamos y miramos expectantes hacia el bosque.

Ante la aparición de la primera de las máquinas,

todos retrocedimos. Nos ocultamos tras unas rocas. Desde nuestro refugio seguimos observando. Casi no hizo falta que Ag anunciara:

—Las he reconocido. Esas son las máquinas que utilizan los uconitas para abrirse paso por los bosques. Ellos están dentro.

La máquina había terminado de salir del bosque y disminuyó su marcha. Otras se reunieron en ella. Eran enormes, feas y destartaladas. Tenían unas defensas en forma de plancha en la parte delantera. De sus laterales salían una especie de brazos mecánicos. Su ruido se estaba haciendo ensordecedor por momentos, a medida que iban apareciendo más unidades.

—Me recuerdan los buldózers de la Tierra —murmuró Rusty.

—No parecen máquinas de guerra, sino de trabajo —empecé a decir, pero tuve que callar al descubrir un poco más arriba de la plancha delantera un abultamiento de metal del que salía por una mirilla un corto cañón.

Iba a anunciar que las máquinas estaban dotadas de armas cuando uno de los cañones abrió fuego y un dardo de energía se estrelló contra las rocas tras las cuales nos resguardábamos. La mitad de nuestro parapeto saltó en pedazos.

Mascullé imprecaciones a viva voz porque me había dado cuenta que Ag, confiando en su menor estatura, no se había agachado. Los uconitas le habían visto. Ahora sabían que nosotros estábamos allí y sólo teníamos para defendernos un antiguo revólver que disparaba pequeños proyectiles de plomo recubiertos

de acero e impulsados por una reducida explosión de gases.

Iflaw estaba cerca de mí y me moví rápido para arrebatarle el arma. No opuso la menor resistencia. Yo actué así porque consideraba que el comandante no era todavía dueño de sus actos. Temía que volviese a cometer una estupidez de la que todos tendríamos que arrepentirnos.

—Nos van a destrozar —gruñó Chuck.

Pero las máquinas no habían vuelto a disparar. Algunas avanzaron por nuestros flancos, rodeándonos. Miré desesperadamente a nuestro alrededor, buscando un camino seguro por el que alejarnos de allí. La situación estaba fea porque, aparte de las rocas tras las que nos ocultábamos, nada parecía ofrecernos un aceptable refugio en medio de una explanada casi desnuda de vegetación. Detrás de nosotros teníamos unas colinas, pero a más de quinientos metros. Antes de llegar a ellas estaríamos ofreciendo durante varios minutos un blanco seguro.

Me atreví a asomar un poco la cabeza. Las imponentes máquinas estaban quietas, pero sus motores seguían funcionando y sus cañones no dejaban de apuntarnos. Tuve un presentimiento, una intuición o tal vez una idea. Algo acudió a mi memoria. Nos habían disparado sólo cuando descubrieron a Ag. Ahora, al verme a mí, no lo hacían.

Rusty me gritó que me agachara. Pero yo terminé por incorporarme del todo. Di la vuelta a nuestro granítico refugio y me situé delante de él. Mi temeraria acción incluso llegó a sorprenderme a mí.

Empero, empezaba a estar seguro de algo y tenía que confirmar mis sospechas.

Los segundos fueron transcurriendo muy lentamente. Cada uno de ellos parecía durar una eternidad. A pesar del aire fresco yo estaba sudando. Sentía miedo porque temía haberme equivocado y a cada instante me parecía estar escuchando el estampido del cañón más próximo a mí.

Comencé a avanzar hacia las máquinas. De reojo vi cómo mis compañeros, ante mi actitud, abandonaban el refugio.

Llegué hasta unos diez metros de la máquina que estaba más cercana. Allí esperé nuevamente alguna reacción de sus tripulantes. Reanudé mi avance y pude tocar con las manos las cadenas de tracción. El ángulo de tiro del cañón ya no podía afectarme y respiré un poco más tranquilo. Entonces descubrí unos escalones de metal que conducían hasta la parte superior, a una especie de torreón. Ascendí y me detuve junto a la entrada de la máquina, que se parecía a la de un submarino.

Mis compañeros, encabezados por Jack Forrest y Ag, terminaron por decidirse a acercarse. Sabía que Ag, era quien más temor podía sentir. Era la primera vez que un lhienita estaba tan cerca de los invasores. Iba a ser la primera vez que vería cómo eran éstos.

La circular puerta que cerraba la escotilla empezó a girar y se abrió. Vi una mano terminar de empujarla y un rifle emergió de la oscuridad precediendo a una figura vestida de gris y tocada la cabeza con un casco de acero.

El uconita y yo nos miramos. Luego traté de sonreír y dije:

—Somos amigos. Gracias por no disparar más.

Aquel ser que Ag y sus compatriotas llamaban uconita era tan humano como yo, pero en su rostro seguía existiendo desconfianza. No terminaba de bajar su rifle de energía. Cuando descubrió al grupo que se aproximaba, y entre ellos a Ag, su boca dibujó una mueca de odio y enfiló su arma hacia el lhienita. Yo la aparté bruscamente y me apresuré a advertir, pero sin dejar por un momento de ofrecer mi sonrisa:

—Se trata de Ag, nuestro amigo.

—¿Amigo? —preguntó. Su idioma era el mismo de nosotros—. ¿Un erling amigo de humanos? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? ¿A qué grupo expedicionario pertenecen?

—Somos terrestres. Si esto no le basta para que deponga su hostilidad, debe llevarnos ante sus superiores. Estoy seguro que la historia que podamos contarles es demasiado larga —repuse.

—¿Intenta decir que no han llegado con ninguno de los grupos?

Negué con la cabeza. Mi mente era un torbellino de ideas entonces.

Creía conocer la respuesta a todo aquello, pero sólo podía hacer conjeturas. Necesitaba que aquel hombre respondiese a mis preguntas. Pero en realidad, éramos nosotros quienes teníamos primeramente que responder a las que ellos querrían hacernos.

Observé que de las otras máquinas estaban apareciendo más hombre. Todos armados y hostiles.

La presencia de Ag les inquietaba. Lo miraban con odio. Y estaban tan confundidos o más que nosotros.

Mi interlocutor desapareció por la escotilla y regresó poco después, diciendo:

—Entren. Pero les prevenimos que si ese cochino erling intenta algo no dudaremos en matarle a él y a todos ustedes.

Asentí con la cabeza y empecé a ayudar a mis compañeros a subir. Fueron entrando en la máquina. Yo tomé entre mis brazos a Ag y con él bajé con cierto trabajo por la escalerilla de hierro que conducía al interior. Susurré al lhienita algunas recomendaciones. Le pedí, sobre todo, que permaneciese tranquilo. Aquella situación tenía una explicación y calculaba que pronto que daría todo aclarado. Al menos así confiaba yo que sucedería.

Realmente Ag tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse sereno. Hasta mí llegaron sus ondas mentales llenas de temor.

El interior de la máquina no era muy amplio y apenas si pudimos acomodarnos. Había allí tres humanos más. Uno de ellos escupió al paso de Ag. Otro estaba sentado ante un transmisor y hablaba nerviosamente con alguien, relatando el encuentro que habían tenido con nosotros y avisando nuestra próxima llegada. El tercer tripulante puso en marcha la máquina, haciéndola girar para volver a internarse por el bosque.

Ag estaba tan asombrado o más que mis compañeros al ver que los uconitas eran humanos.

—Pues no tienen cuernos y rabos —musitó Chuck.

—No hay duda que son terrestres. Pero ¿cómo puede ser esto? —dijo Forrest mirando a los tripulantes de las máquinas, quienes no dejaban de observarnos a su vez.

—Tal vez Ag se ha equivocado —opinó Rusty—. Estos hombres no pueden ser los uconitas. Mas, ¿si son de la Tierra cómo han llegado hasta aquí? No tenemos medios para alcanzar las estrellas...

—No olvides que estamos a un siglo en el futuro. En nuestro futuro —recordé.

—De todas formas, cien años es poco tiempo para llegar a tanta perfección en la navegación estelar.

—¿Y Suekke? Quizá él llegó a la Tierra después de todo.

Todos se miraron. ¿Empezaban a comprender?

Uno de los tripulantes del vehículo se acercó. Miró a Ag y movió la cabeza confundido.

—Esto no tiene explicación —dijo—. Si ustedes escaparon por sus propios medios, cosa muy difícil, ¿cómo es que parecen convivir con un erling como si fuera lo más natural del mundo?

—¿Llaman ustedes erling a los lhienitas? —pregunté señalando a Ag.

—Sí. ¿Cómo encontraron al erling?

No pude responder. El hombre que manejaba la máquina llamó al que hablaba con nosotros y le gritó:

—Ninguna conversación con ellos. Los jefes quieren interrogarlos. Me dirigí al Ihienita.

—Ag, ¿estás seguro que éstos son los invasores?

—Estoy seguro —me respondió—. ¿No empezaron a disparar tan pronto me vieron? Luego dejaron de

hacerlo al descubrir que también había seres humanos conmigo. Ante vosotros parecieron calmarse.

—Exacto —dije—. Y parecen muy extrañados de que seas nuestro amigo. ¿Es que vosotros nunca supisteis que los uconitas eran humanos como nosotros?

—Desde luego que no. Jamás los vimos fuera de sus máquinas y naves. Pero sus registros mentales son iguales a los vuestros. Cuando descubrimos eso decidimos sacaros de aquí antes de la partida de las naves negras.

—Debemos detener el ataque de esas naves, Ag —dije.

—Todavía no estoy capacitado para establecer contacto. Me siento débil.

—¿Pero es que no lo comprendes? Los que vosotros llamáis uconitas proceden de la Tierra. Estoy seguro.

—Son invasores. Han matado a varios de mis semejantes.

—Tal vez tengan poderosas razones para haberlo hecho —musité.

—¿Es qué existe alguna razón para matar?

—Es posible. Vosotros estáis dispuestos a aniquilar hasta el último uconita.

—Sólo porque fuimos provocados. Intentamos parlamentar con ellos, conocer sus intenciones y razones que provocaron su llegada. No quisieron la paz. Ni siquiera nos dejaron acercarnos. Disparaban apenas aparecíamos.

Yo abatí los hombros desalentado. No hablamos más durante el resto del viaje. Al cabo de una hora, el

vehículo se detuvo y uno de los tripulantes nos dijo:

—Nos hemos detenido junto a la nave de nuestros jefes. Tenemos que salir con rapidez, para que ese asqueroso bicho no sea descubierto. Os aconsejo que lo ocultéis con esto.

Y me arrojó un capote.

—¿Por qué no debe ser visto? —pregunté.

El hombre rió secamente.

—Particularmente que gustaría que los nuestros le echaran mano. Sería una cosa buena verle morir despedazado pero nuestros jefes quieren que viva…, de momento. ¡Vamos, aprisa!

Eché el capote militar alrededor de la delgada figura de Ag y lo tomé en mis brazos como si fuera un niño. Apenas pesaría más allá de treinta kilos.

Salimos de la máquina.

Estamos detenidos al lado de una colosal nave. Tendría más de ciento cincuenta metros de altura. No vi en su base el macizo de tubos de combustión, pero descubrí alrededor de su centro, los discos esmerilados receptores de energía estelar, iguales a los que las naves de Lhien llevaban en su parte superior. Arrugué el ceño. Mis sospechas iniciales eran cada vez más fundadas.

Nos encontrábamos en el fondo del valle, convertido provisionalmente en puerto del espacio. Allí debían haber cerca de trescientas de aquellas colosales naves. Alrededor de ellas se levantaban metálicas torres lanzadoras de proyectiles autodirigidos. Vimos, durante algunos segundos que tardamos de la máquina para subir por la escalera que

conducía al interior de la nave, a muchísimas personas, hombres y mujeres, vistiendo todos los trajes grises, atareados en mil faenas. Nadie prestó la menor atención.

Parecía existir en aquel campamento una actividad frenética. Al fondo, varias brigadas de obreros estaban ocupadas en el montaje de esféricas casas de aluminio. De lo último que me di cuenta antes de penetrar en la nave era que todo el mundo estaba armado.

Encontramos más hombres y mujeres dentro del navío. Se limitaron a vernos pasar delante de ellos. Al parecer ya estaban prevenidos de nuestra llegada. Sin embargo, Ag recibió algunos insultos. Yo le había dejado en el suelo y quitado el grueso capote. Caminaba a mi lado, oscilante y moviendo con rapidez sus cortas piernas para adaptarse a nuestro apresurado caminar.

El interior de la nave nos produjo la impresión de que ésta había sido terminada apresuradamente. Sus corredores estaban sin pintar y algunos remaches interiores eran defectuosos. Muchas habitaciones carecían de puertas. Sólo los niveles tenían seguros cierres estancos. No existían ascensores y tuvimos que subir varios pisos por medio de escaleras verticales.

Nos detuvimos, jadeantes, en lo que calculé que sería la mitad de la nave. Cruzamos una habitación grande y llena de literas, pasamos por otra repleta hasta el techo de cajones de metal y cartón, y, por fin, llegamos a una especie de despacho. Allí había una larga mesa y cinco individuos de mediana edad sentados tras ella.

Hubo un pequeño revuelo entre ellos cuando yo entré acompañado de Ag. Intercambiaron palabras apresuradas. Luego, el que estaba en el centro se dirigió a nosotros y dijo:

—Somos el comité rector del 12.° grupo expedicionario de la Tierra. Esperamos con impaciencia escuchar de vuestros labios cómo habéis llegado hasta aquí y el porqué de vuestra amistad con un erling.

Unánimemente y sin previa consulta, todos mis compañeros parecieron estar conformes en que fuera yo quien tomase la palabra. Detrás nuestro estaban los cuatro hombres de la máquina que nos habían llevado hasta el campamento. Vigilaban, armados, nuestros menores movimientos.

—Mi nombre es Rafael Fuentes —dijo el hombre que precedía el comité—. Decidnos vuestros nombres.

Hice las presentaciones. Al llegar a Ag, dije:

Este es Ag, un lhienita, miembro de la raza Lhien, que habita en estas estrellas.

—Nosotros llamamos erling a esos seres sanguinarios en memoria del comodoro Adolf Erling, que fue el primero en enfrentarse a ellos. Al parecer hemos tenido la desgracia de arribar cerca de la patria de los erlings. Pero ya es tarde para volvernos atrás.

Me quedé con el deseo de preguntarle qué había querido decir, pero ellos esperaban muestro relato.

Se sorprendieron mucho cuando les dije la fecha cuando partimos de Tritón. Expliqué que Ag retrocedió más de lo necesario en el tiempo cuando huyó de ellos para tener la mala fortuna de terminar estrellándose

con el "Siracusa".

Luego relaté nuestra huida del "Europa", la estancia en diversos planetas de los extensos dominios de Lhien y nuestro frustrado regreso a la Tierra a causa del almirante. Les hablé extensamente de los lhienitas, de sus costumbres, de que eran pacíficos y repudiaban la guerra, pero que estaban dispuestos a ir a ella para desalojarlos de los planetas que ocupaban y que estaban reservados para futuras colonizaciones lhienitas, para cuando la expansión demográfica lo exigiese.

Terminé diciendo que eran los terrestres, ellos, los que se habían mostrado agresivos.

—Averiguamos que las naves que empezaron a espiarnos estaban tripuladas por erlings —estalló Fuentes—. ¿Cómo no íbamos a responder con las armas? Sabíamos que estos mundos de la NGC-205 eran aptos para nosotros, los refugiados de la Tierra. Esté seguro que no hubiésemos venido de haber sabido que nos precipitábamos en el cubil de las fieras erlings.

Un miembro del comité carraspeó, llamando mi atención.

—Star —dijo señalándome con el dedo—, creo que podemos admitir que ustedes salieron de Tritón hace cerca de cien años, un siglo antes que nosotros lo hayamos hecho de Marte y Venus.

—¿Qué vas a decir? —le preguntó Fuentes con cierta violencia en el tono de su voz.

—Parte de su relato me hace recordar cierta leyenda —continuó el hombre—. Los nombres de estas

personas me resultan familiares. Como arqueólogo e historiador he revisado muchas publicaciones antiguas. Dígame, Star, ¿pronunció usted el nombre de ese almirante que les ha dejado abandonados en este planeta?

—No —respondí—. Sólo le llamé almirante. Su nombre es Sandor Suekke.

Mis palabras parecieron producir los mismos efectos de una descarga eléctrica en el comité y en los hombres que estaban detrás de nosotros. Escuchamos frases de asombro. Únicamente el arqueólogo estaba sereno.

CAPITULO IX

—Sandor Suekke —repitió Fuentes.

—Sí. El gran Sandor Suekke estuvo aquí y estos hombres —dijo el arqueólogo señalándonos— fueron sus compañeros de aventuras. ¿Se dan ustedes cuenta, señores comisionados? Sandor ha estado cerca de nosotros hasta no hace más de dos horas. Es doloroso pensar que, pese a todo, no hubiéramos tenido otra alternativa que dejarle marchar hacia su largo y mortal peregrinaje en busca de la ruta de la Tierra. No hubiéramos podido detenerle para no interferimos en el curso de los acontecimientos.

—¿Qué pasa con el almirante? —me preguntó Iflaw.

—Parece ser que para ellos es un personaje muy importante —respondí gravemente—. Suekke regresó a la Tierra. Lo consiguió.

Rafael Fuentes me había escuchado y me miró.

—Así es. Sandor Suekke llegó a la Tierra cuando todo el mundo le había olvidado. Volvió al cabo de cincuenta años —dijo roncamente—. Era ya un anciano de más de noventa años y estaba moribundo cuando tomó tierra en una de nuestras bases en Plutón. No fue siquiera capaz de llegar a la Tierra. Nadie hubiera creído su relato de no haber llevado una nave fabulosa, capaz de recorrer a velocidades superiores a la luz las estrellas y convertir él viaje en segundos mediante un dispositivo que la hacía introducirse en el tiempo. Sandor murió pese a nuestros cuidados y dejó como testamento una extraordinaria profecía.

"Nos aseguró que venía de las estrellas, huyendo de una raza de seres supercivilizados. Nos anunció la llegada de flotas invasoras y nos advirtió que debíamos ser fuertes militarmente, armarnos, crear ejércitos poderosos copiando la nave que él había llevado. Debíamos estar dispuestos, en suma, a repelar cualquier clase de agresión. Dio muchos detalles.

"Confusamente nos señaló rutas estelares donde existían planetas idénticos a la Tierra. Nos habló de sus compañeros que tuvo que abandonar en un mundo solitario y desierto. Sus últimas palabras resultaron incomprensibles.

"Suekke necesitó cerca de cincuenta años para encontrar el camino de regreso. Tuvo que detenerse en muchos planetas para orientarse y buscar alimentos. Resulta asombroso que hubiese sobrevivido en medio de tan pésimas condiciones. Quizá su férrea voluntad

por regresar lo mantuvo con vida.

Rafael calló. Tenía la mirada fija en el tablero de la mesa. Recordar el pasado debía traerle amargos sucesos.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté. Estaba ansioso por conocer el resto de la historia.

—Estudiamos la nave de Suekke. Tuvimos que hacer un gran esfuerzo para comprender sus bases científicas. Empezamos a construirlas muy lentamente. Creo que hubiésemos tardado muchos años si la profecía de Suekke no se hubiese cumplido antes de lo que esperábamos. Los invasores, los seres supercivilizados y monstruosos se presentaron de pronto y atacaron nuestros puestos avanzados. En pocas semanas derrotaron nuestras flotas de naves convencionales. Los erlings poseían naves casi semejantes a la que nos llevó Sandor Suekke. Nos volvieron locos con sus maniobras a través del espacio-tiempo. Nunca sabíamos dónde podían estar. Aparecían en nuestras retaguardias, aniquilaban algunas de nuestras unidades y desaparecían. No eran muchos los invasores, pero sus armas resultaban más eficaces que las nuestras y el curso de la guerra nos era desfavorable. Pronto empezaron a atacarnos en la misma Tierra.

"Pero nuestros científicos, mediante un gran esfuerzo, pudieron facilitar a las Fuerzas Armadas naves de impulsión superlumínica. La guerra se estabilizó. El enemigo, empero, ya se había adueñado de varios asteroides y lunas de Júpiter.

"Quisimos establecer negociaciones con ellos para

terminar con aquella guerra estúpida, que no tenía razón de ser. Fue imposible. Los erlings sólo deseaban matar, destruir. La guerra era su obsesión.

"Siempre habíamos supuesto que aquellas fuerzas invasoras eran sólo una avanzadilla y que tendríamos que enfrentarnos en breve con mayores contingentes. Pero al pasar el tiempo y ver que el número de naves enemigas disminuía, mientras que las nuestras eran cada vez más numerosas, nos indujo a pensar que ellos no iban a recibir refuerzos. Nos envalentonamos y al cabo de treinta años de lucha constante, decidimos lanzar una ofensiva capaz de aniquilar totalmente al enemigo.

"Todas nuestras flotas marchaban hacia Júpiter, confiando en sorprender al enemigo. Pero éste también parecía estar convencido que nunca ganarían la guerra y a través del espacio-tiempo, llegó hasta la Tierra. Allí la lucha fue cruenta. Las pocas fuerzas que habían quedado fueron aniquiladas. Cientos de millones de personas huyeron en viejas naves a Marte y Venus. Los erlings se quedaron allí, dispuestos a morir matando.

"Cuando nuestras flotas regresaron de Júpiter ya era tarde. En la Tierra, los restos de erlings eran casi invencibles. Todavía quedaban allí cientos de millones de humanos que no pudieron escapar y temíamos por sus vidas.

"La locura de los erlings los llevó a saturar la atmósfera de la Tierra de oxígeno e incendiarla. Arrastraron en su suicidio a cuantos terrestres allí quedaban. Nunca hubo guerra tan sangrienta, en la

que se produjese semejante matanza. Ellos debieron comprender que estaban perdidos y decidieron antes de morir causar la mayor destrucción posible.

"No se contentaron con hacer de la Tierra una inmensa hoguera. Antes de eso lanzaron contra el Sol bombas térmicas de gran potencia que alteraron su núcleo de hidrógeno. Los supervivientes estábamos refugiados en Venus y Marte, además de unos pocos satélites y asteroides que quedaban en condiciones de habitabilidad. Desde allí, nuestros astrónomos descubrieron que el Sol se convertiría en nova en corto plazo.

"Fueron unos meses de supremo frenesí. Trabajamos como condenados. En los astilleros marcianos comenzamos a construir estas naves gigantes capaces de llevar cada una diez mil personas. Desmantelamos las naves de guerra, las pequeñas, y acoplamos sus sistemas de impulsión a estas naves, gracias a lo cual pudimos prescindir de las viejas pilas atómicas, cámaras de ignición y toberas. Logramos mucho espacio para las personas y equipos. Todo aquí es muy simple debido a que el viaje sólo duraría unos minutos.

"Se construyeron en pocos años cien mil naves. Partimos todos y llegamos aquí con la esperanza de iniciar una nueva vida. Estamos repartidos en doce planetas tipo Tierra. Mil millones de emigrantes, cerca de cien millones en cada planeta. En este continente, desparramadas por distintos valles, aterrizaron alrededor de ocho mil naves. Nosotros constituimos una colonia pequeña. Más al Sur, a unos veinte

kilómetros, está la mayor. Ahora trabajamos para instalarnos definitivamente.

"Al llegar pensamos que viviríamos en paz. Entonces comenzaron a aparecer los erlings. Hemos tenido la desgracia de terminar el largo éxodo a sus mundos originarios.

—¿Por qué vinieron aquí? —preguntó Forrest—. Con estas naves podían haber llegado a cualquier parte de la metagalaxia, lejos de los Ihienitas.

Rafael levantó la vista y dijo con desesperación:

—¿Es que no lo comprenden? Sandor nos dijo que en esta zona estelar existían muchos soles de carbono con planetas tipo Tierra. No nos podíamos arriesgar a llegar a mundos no aptos y tener que proseguir el viaje. Teníamos que arribar a planetas apropiados en el primer intento. Estas grandes naves, para aprovechar al máximo su capacidad, no fueron equipadas con depósitos de oxígeno y depuradores. Sólo portaban el aire que cabía. No había necesidad de más para un viaje de tan corto tiempo.

El arqueólogo dijo:

—Por eso no tenemos otra alternativa que permanecer aquí. Lucharemos hasta el límite de nuestras fuerzas contra los erlings.

Señalé a Ag y dije a los miembros del comité:

—Creo que es ahora Ag quien debe decirles algo.

Desde que Rafael había terminado de contar la odisea de los fugitivos de la Tierra, yo había notado ondas hasta entonces desconocidas procedentes de Ag. Había en ellas compasión, remordimiento y gran deseo de reparar daños.

—Sí —dijo Ag con su impersonal voz—. Efectivamente, tengo que hablarles. Es doloroso para mí, como lo sería para cualquier lhienita, tener que admitir que los seres que provocaron la destrucción de vuestros planetas eran hermanos nuestros, pertenecientes a la misma raza. Hace muchos siglos partieron de Andrómeda los restos de una vieja casta de guerreros. Se lanzaron a las negras profundidades estelares en busca de lucha y pueblos a los que destruir. Estoy seguro que los que vosotros llamasteis erlings eran los descendientes de aquéllos.

—¿Insinúas que nada tenéis que ver vosotros con los erlings? —preguntó Rafael, lleno de desconfianza.

—Eran hermanos nuestros; pero cuando se marcharon, hacía mucho tiempo que sus costumbres eran distintas a las nuestras. Debieron recorrer muchas galaxias hasta que llegaron al Sistema Sol. Allí encontraron quienes les hicieron frente y terminaron por vencerles a costa de su propia destrucción. Era el final que debían tener tarde o temprano.

Los hombres del comité se miraron entre sí en silencio durante unos instantes. Cuchichearon entre ellos. Rafael dijo:

—Entendemos que vosotros nos habéis considerado como agresores. Tal vez tengáis razón, aunque nosotros tampoco carecemos de ella al disparar contra vuestras naves. Cierto que éstas nunca respondieron a nuestros disparos. Pero ahora preguntamos: ¿Qué podemos hacer?

—Soy un simple miembro de mi raza, de mediana categoría intelectual —dijo Ag—. Pero nosotros

tenemos criterios iguales y os puedo asegurar que no nos hubiera importado cederos los mundos que ocupáis de haber conocido de antemano vuestra peregrinación hasta venir aquí. Los lhienitas debemos considerarnos deudores del daño causado por nuestros lejanos parientes. Hemos querido parlamentar y nunca quisisteis escucharnos.

Rafael dijo, nervioso:

—Bien. Ya lo estamos haciendo. ¿Qué pasará ahora?

—Ya nada. No existe medio alguno capaz de detener las naves negras.

—¿Qué naves son ésas?

Yo me apresuré a responder porque temía que las palabras de Ag no fueran debidamente interpretadas.

—Después que los lhienitas intentaron establecer contacto con los que ellos llaman uconitas, vosotros, decidieron eliminaros. No son maestros en el arte de la guerra como sus antepasados, pero sí grandes sabios y han construido naves equipadas con cerebros positrónicos que recorrerán los espacios y planetas con la única misión de matar uconitas.

Al unísono se incorporaron de sus asientos los cinco comisionados. Uno de ellos gritó:

—¿No asegurabais que eran pacíficos los erlings, los habitantes de esta nebulosa?

—¡Son amantes de la paz! —grité enfurecido—. Ellos se limitan a defenderse. Temen que vosotros queráis apoderaros más tarde de sus propios planetas.

—Calma, señores —dijo Rafael—. Todos estamos nerviosos. Lo que nos está ocurriendo es demasiado

fantástico para que nuestras mentes respondan con normalidad.

Los del comité volvieron a sentarse y Rafael añadió:

—Podemos comunicarnos con todas las colonias terrestres y contar lo que sucede. No volverán a disparar contra ninguna nave lhienita. Supongo que el ataque de que nos hablas puede aplazarse hasta que lleguemos a un acuerdo con vuestros líderes —y miró a Ag.

Sentí desmayarme y respondí en lugar del lhienita:

—Me temo que sea demasiado tarde. Las naves lhienitas son automáticas y deben estar a punto de partir o lo han hecho ya. Es cuestión de minutos que lleguen hasta nosotros.

—Tiene que haber un medio para poder comunicarnos con los jefes de esa raza. La radio, los comunicadores láser...

—Los lhienitas no usan la radio ni nada parecido —respondí—. No tienen necesidad de ello, pues son telépatas y se valen de la potencia mental para comunicarse a través de decenas de años luz.

—En este caso —Rafael soltó una risita nerviosa—, vuestro amigo sólo tiene que llamar telepáticamente a sus semejantes y contarles lo que nos ocurre.

Me volví furioso contra él, arrojando sobre la mesa el revólver de oro que había conservado escondido en uno de mis bolsillos.

—Podéis agradecer a vuestro Gran Sandor que él os previniera de la llegada de los erlings. Y también podéis maldecirle porque él será el culpable de que

todos muramos bajo el fuego de luz sólida de las naves negras. Suekke golpeó a Ag y dejó mermadas sus facultades telepáticas. No se siente capaz de lanzar a cien años luz sus mensajes porque está débil.

En los ojos de aquellos desgraciados fugitivos de la Tierra se leyó el más profundo sentimiento de desesperación cuando yo terminé de hablar.

La capacidad humana para resistir contrariedades es enorme, pero como todas las cosas, tiene su límite. Los miembros del comité y los cuatro hombres parecían estar llegando a él.

Rafael había tomado entre sus temblorosas manos el revólver del almirante y lo miraba como atontado.

—Leyendo viejos libros, descubrimos que Suekke siempre había llevado como reliquia un arma semejante a ésta —dijo el arqueólogo—. Es sencillamente maravilloso que nosotros tengamos ahora su viejo revólver. Sandor Suekke nos salvó de los erlings y ahora nos condena a muerte ante los lhienitas. Los designios del destino a veces resultan muy curiosos.

—Ernesto Star.

Me volví desmadejado a la llamada de Ag.

—¿Qué, amigo? —pregunté.

—Podemos intentar establecer contacto con mis semejantes. Confío en poder hacerlo si alguien me ayuda. Necesito que tú me prestes todas tus energías mentales. ¿Estás dispuesto a ello? Tal vez aún lleguemos a tiempo.

—Por supuesto —me apresuré a responder.

—Puedo hacerte mucho daño. No estás habituado

a un esfuerzo grande y puedo lastimar tus tejidos cerebrales. Una vez que comencemos es imposible que intentes volverte atrás. Y yo nunca sabré si te estoy destruyendo la mente.

No lo pensé mucho. No tenía nada que perder en realidad y respondí rápidamente que sí. Yo no estoy construido de la madera de los héroes. Simplemente, decidí que si la muerte debía comprenderme, sentiría menos su llegada si para entonces estaba convertido en un idiota.

—Que nos dejen solos —pidió Ag.

Salieron todos cuando así yo lo pedí. Ag me miró. Le sonreí y él torció su pequeña boca en algo que quería ser una imitación de sonrisa cordial.

—Adelante, Ag —dije.

Cerré los ojos y concentré toda mi atención en el lhienita. Cuando noté su presencia dentro de mí me relajé y me dejé llevar por su mayor potencia mental. Perdí la noción del tiempo y luego, cuando entreabrí los ojos, pese a que la habitación tenía potente luz artificial, lo vi todo densamente negro.

A veces pensaba que Ag no estaba allí como amigo mío, sino con el propósito de torturarme. Hubo momentos en que deseé desprenderme de la conexión. Pero reaccionaba a tiempo y conseguía mantenerme firme.

Sabía que estaba llegando el instante de mayor trascendencia. Ag iba a lanzar en una sola descarga todo nuestro poder conjunto. Si fracasábamos…

Si fracasábamos…

NI TAMPOCO EL FIN

Nueva Tierra es un buen lugar. Tan bueno como otro cualquiera que pudiera satisfacer plenamente nuestras necesidades.

Ha pasado algún tiempo, unos años.

Egoístamente me considero el principal protagonista de esta historia. Creo que cada cual tiene el derecho de figurarse que ha sido el héroe. A veces me siento al anochecer, enciendo un cigarro y repaso los hechos detenidamente. Me pregunto entonces quién ha sido realmente el principal actor de la extraña comedia que nos tocó interpretar. Hay días en que los pensamientos me llevan a creer que fue Sandor Suekke. Pero luego, sensatamente, llego a la conclusión que cada cual tuvo su importancia. Incluso Chuck Stone, Miriam Forrest o el comandante Iflaw tuvieron la suya.

Todos nos encontramos metidos de pleno en una empresa increíble.

¿Podía haberme imaginado, ni remotamente, lo que iba a sucederme cuando Rusty Cooper fue a buscarme a un hotel de la Tierra para solicitarme un favor? Resulta estúpido que yo me haga tal pregunta.

La historia avanza a través del tiempo. Sigue una línea recta. Pero por una vez describió un arco para enlazar a un siglo de distancia en el pasado. Y se convirtió la historia en dos líneas paralelas que volvieron a unirse en una sola cuando nosotros nos encontramos por primera vez con los uconitas, quienes a bordo de guerreros llamados erlings, los antiguos

expulsados un bosque.

Los que huyeron de la Tierra suspiran a veces que les hubiera gustado conocer personalmente al hombre del que oyeron hablar en su niñez, cuando sus padres comenzaban una guerra cruel y larga contra una raza de guerreros llamados erling, los antiguos expulsados de la patria Lhien.

Pero ya la segunda línea en la historia estaba iniciando su recorrido y nada ni nadie podía detenerla. El tiempo es inalterable. Los acontecimientos están ya trazados aun antes de bosquejarse siquiera en sus comienzos.

Por eso Ag y yo pudimos detener a tiempo las naves negras. Estaba previsto que así fuera.

Tal vez nos esforzamos en fabricar nuestro futuro al propio acomodo, tramando planes a largo plazo, nos figuramos que todo fue debido a nuestra previsión si terminan desarrollándose tal como deseamos. ¡Qué estúpidos resultamos a menudo! O siempre.

Me alegro de haber salido ileso de la tremenda prueba en la que ayudé a Ag. Estoy viendo crecer una nueva civilización. Confío en que sea mejor que la anterior. Ya que no puede existir nada perfecto, al menos que carezca de muchos de los defectos de la otra.

Nadie habla ya de guerra, de ejércitos, de luchas, de rencores. Al menos, nadie pensará en esas cosas por ahora porque queda mucha tarea por delante.

Los lhienitas también parecen desear fervientemente que nosotros hayamos olvidado nuestras costumbres belicistas. Son pacíficos. Pero yo

siempre tengo bien presente que en una ocasión estuvieron a punto de caer sobre los últimos restos de la raza humana naves insensibles al dolor de los hombres, capaces de matar y destruir sin remordimientos. Invencibles.

Y sé que, previsoramente, esas naves no las han destruido los lhienitas cuando, a requerimiento de Ag, decidieron suspender el ataque.

Sí, eso he dicho. No las han desmantelado.

Han aprendido también algo de nosotros; a ser precavidos.

FIN

de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUBER

——————— y ———————

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

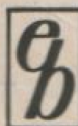
debidas a la pluma de los autores que mayor éxito han obtenido entre los aficionados a este género

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la

"CIENCIA-FICCION"

la mejor garantía de calidad


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain